

UNA DIGNA RABIA

Una aproximación a los Chalecos Amarillos



Jérôme Baschet

Una digna rabia. Una aproximación a los Chalecos Amarillos

Jérôme Baschet

Traducción del francés para *Comunizar*: Marita Yulita

Revisión de la traducción: Jérôme Baschet

Colaboraron en la edición en castellano:

Daniel Contartese, Lucía Contartese, Néstor López y Luis M. Bardamu

Septiembre de 2019

Edición digital:

COMUNIZAR

www.comunizar.com.ar

Este texto se ha publicado simultáneamente en francés, bajo el siguiente título: *Une juste colère. Interrompre la destruction du monde*, París, ediciones Divergences, septiembre de 2019.

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 4 |
| Carta a quienes “no son nada”, desde la rebelde Chiapas | 6 |
| “Contra la dictadura del dinero sobre nuestras vidas” | 11 |
| “No quiero vivir más en un mundo en el que las palomas no vuelen” | 19 |
| La tormenta planetaria: la crisis estructural del capitalismo | 27 |
| “¡Bloqueemos todo!” | 37 |
| “¡Asambleas populares por todos lados!” “El poder al pueblo, para el pueblo y por el pueblo” | 45 |
| Los espacios liberados para salir del mundo de la Economía | 52 |
| “No queremos más vivir como antes” | 59 |
| Observaciones finales | 66 |
| Bibliografía sintética | 72 |

Introducción

Este no es un libro *sobre* el levantamiento de los Chalecos Amarillos. Fue escrito cuando me sentí atrapado *en* el tsunami que se había desatado en Francia a partir del 17 de noviembre de 2018, aún si no participé directamente en él porque me encontraba en ese momento en Chiapas¹. Es *bajo* el efecto de la intensa emoción provocada por los primeros relatos de las jornadas de diciembre, o también al descubrir el *Llamado de Commercy*², que escribí la carta que ahora encabeza este libro. Al respecto, persisto en reivindicar las virtudes del entusiasmo, que no necesariamente implica abandonar el espíritu crítico y renegar del ejercicio de la razón.

Aquí no propongo un análisis del levantamiento de los Chalecos Amarillos. Se han hecho muchos y otros van a venir. Más bien busco abordar algunas cuestiones que podrían ser útiles a la hora de preguntarse cómo un movimiento como este podría ampliar su dinámica. Y también, ¿Cómo identificar mejor las raíces de los problemas que suscitan un enojo tan grande? ¿Cuáles son las formas de lucha más adecuadas? ¿Con qué pared nos estamos topando? ¿Contra quién o contra qué se trata de pelear? ¿Qué es lo que se puede esperar?

Es imposible caracterizar de manera unívoca el movimiento de los Chalecos Amarillos y se debe reconocer que fue atravesado por ciertas desviaciones xenófobas y algunas ambiciones personales. Sin embargo, puede afirmarse que barrió muchas ideas recibidas, abriendo perspectivas importantes e imprevistas. Una verdadera irrupción popular hizo que el poder vacilara. Quienes siempre se habían quedado callados, aceptándolo todo sin resistencia, pudieron sentir la fuerza colectiva que resulta de su capacidad para decir *no*. Dinamitaron los marcos

¹ El 17 de noviembre de 2018 fue el momento de la irrupción de los Chalecos Amarillos en las calles y carreteras de Francia.

² Primer llamado de los Chalecos Amarillos de Commercy a formar asambleas populares en todo el país, 30 de noviembre de 2018.

de la política clásica y desecharon, con impresionante lucidez, todas las formas de la representación vinculadas con los partidos, sindicatos, dirigentes y líderes autoproclamados. A través de las modalidades de lucha que iban inventando, lograron recuperar la experiencia de una auténtica comunidad y alcanzar un alto grado crítico en cuanto a las formas acostumbradas de la vida atomizada y empobrecida.

Por las razones que se irán explicitando más adelante, es posible argumentar que este levantamiento –junto con las movilizaciones por el clima que se fortalecieron al mismo momento– anuncia nuevas formas de explosión social que bien podrían multiplicarse en los años por venir.

Este libro está escrito desde el deseo de que las aspiraciones más agudas que se han manifestado entonces puedan amplificar su propia dinámica y trazar caminos verdaderamente liberadores.

Carta a quienes “no son nada”, desde la rebelde Chiapas

Se lo escucha por doquier en estos días: es la gota de agua que ha hecho desbordar el vaso. Y allí donde muchos se lamentaban al ver sólo el estancado pantano de la llamada mayoría silenciosa y pasiva, han surgido miles de torrentes impetuosos e impredecibles que desbordan su curso, abren caminos inimaginables hace apenas un mes, derriban todo a su paso y (a pesar de algunas lamentables derivas, por lo general contenidas) demuestran una impresionante madurez e inteligencia colectivas.

Es el poder del pueblo cuando se levanta y retoma su libertad. Se trata de una fuerza extraordinaria y no por nada surge tantas veces en estos días la referencia a 1789 o, incluso a 1793 y los *sans-culottes*. Querido.a.s amigo.a.s Chalecos Amarillos, ustedes ya han escrito una página gloriosa en la historia de nuestro país. Ya han desmentido todas las predicciones de una sociología ramplona sobre el conformismo y la enajenación de las mayorías.

Pero, ¿qué es este *pueblo* que de repente despierta y comienza a existir? Raramente como hoy esta palabra habrá parecido tan justa, incluso para aquellos de nosotros que podríamos considerarla obsoleta por haber sido utilizada durante tanto tiempo para capturar la soberanía en beneficio del poder de arriba, y porque hoy puede hacerle el juego a los populismos de derecha o de izquierda. Sea como sea, en el momento en que vivimos, es el mismo Macron quien le ha restituido al pueblo tanto su existencia como su definición más exacta. El pueblo que hoy se levanta y que está decidido a no permitir más que se lo engañe no es sino el conjunto de aquellas personas que, en la mente enferma de las élites que pretenden gobernarnos, “no son nada”³. Esta arrogancia y este desprecio de clase,

³ Aquí se alude a una declaración de E. Macron quien, el 29 de junio de 2018, opuso dos categorías de gente: “los que son exitosos” y “los que no son nada”. Hoy, los “nada” (o nadie), muchos de ellos que incluso votaron por él, se levantan para cobrarle la factura. La lista es larga de las frases que van en la misma cuenta (otra es de haber teorizado su propio poder como “presidencia jupiteriana”).

como ya se ha dicho mil veces, es una de las razones más fuertes por las que Macron, adorado ayer por muchos, hoy sea odiado tan profundamente.

Esto es lo que el levantamiento actual ya ha demostrado: aquellos que “*no son nada*” bien pueden reafirmar su dignidad y, al mismo tiempo, su libertad y su inteligencia colectiva. Y lo más importante es que ahora lo sabemos todos: preferimos no ser nada ante los ojos de alguien como Macron a tener éxito en su mundo cínico y sin sentido. Esto es lo más maravilloso que podría suceder: que ya nadie quiera tener éxito en ese mundo y, además, que ya nadie desee vivir en ese mundo. Ese mundo donde, para que unos pocos tengan éxito, se necesita que millones sean considerados como nada, solamente como poblaciones para ser administradas, excedentes manipulados a merced de los índices económicos, desechos que se tiran después de haber sido exprimidos hasta la médula. Ese mundo donde la locura de la Economía todopoderosa y la exigencia de ganancias ilimitadas desemboca en un productivismo compulsivo y devastador, es el que nos lleva hacia un aumento de las temperaturas continentales de 4 a 6 grados con consecuencias absolutamente dramáticas, de los cuales los efectos actuales del cambio climático, por muy graves que sean, no alcanzan todavía a darnos una idea exacta, y que nuestros hijos y nietos tendrán que sufrir. Si esto no es el reclamo que nos moviliza hoy, es el que nos movilizará mañana, si el movimiento actual no logra cambiar las cosas en profundidad.

Entre los otros detonadores del levantamiento en curso está la injusticia, al comienzo fiscal y luego social, en todas sus dimensiones, la cual se siente ahora como intolerable. Es cierto que el vertiginoso aumento de las desigualdades es el resultado de las políticas neoliberales llevadas a cabo durante decenios, pero hasta el momento actual habían sido toleradas, aceptadas. Ya no. Demasiado es demasiado. Y cuando se empieza a no aceptar más lo inaceptable, no hay manera de detenerse a mitad de camino... Sin embargo, debe agregarse lo siguiente: Macron, nuestro pequeño Júpiter destronado, no hace más que cumplir con su trabajo. Sólo quiere ser el mejor de la clase en un sistema donde los Estados están subordinados a los mercados financieros y donde la única manera que tiene un gobierno de salir un poco mejor parado que sus vecinos es atraer más capitales

que ellos. Para eso hace falta seducir a los “clientes” más ricos, exhibiendo atractivos beneficios fiscales, desnudándose de cualquier protección social, ofreciendo una mano de obra dócil y el mejor goce posible a los inversionistas. Esto es lo que explica tantos regalos fiscales hechos a los más ricos y a las grandes empresas. La política de Macron, y que cualquier otro ejecutaría en su lugar, es el efecto de un sistema mundial dominado por la fuerza del dinero, la exigencia de ganancia y la lógica productivista que de ella deriva. Lo que debemos tumbar es algo que va más allá del pequeño Macron. Que se vaya Macron tan sólo sería un (muy buen) comienzo.

La potencia del levantamiento actual se debe también a su rechazo de la representación, tal como hasta ahora lo ha demostrado. A su rechazo a ser representado. A su rechazo de cualquier recuperación por parte de la clase política (que obviamente no faltaron ni faltarán). A su conciencia de que la democracia representativa se ha convertido en una farsa, la cual consiste en el derecho de elegir a quienes nos van a engañar y despreciar, y también en ser despojados de una capacidad colectiva que, ahora, se descubre que es posible recuperar. Mantener esta actitud con firmeza, desactivando todas las maniobras en curso y por venir, será todo un desafío. Pero, por el momento, los llamamientos a una democracia real se multiplican: en claro, el poder del pueblo, para el pueblo, por el pueblo. Las iniciativas florecen para ir más allá de los bloqueos de carreteras y cruces viales que son la característica del movimiento desde sus inicios: convocatorias a construir comités populares con sus asambleas permanentes, a construir casas del pueblo en las plazas públicas en donde se pueda debatir, pero sobre todo organizarse de manera concreta. Se habla de destitución. Se habla de secesión. Se habla de comunas libres. Se destaca que, una vez que Macron se haya ido, no habrá de ser reemplazado por otro, ya que se trata de asumir, por nosotros mismos, la organización de nuestras vidas. Se habla de inspirarse en la ciudad de Atenas, la Comuna de París, Chiapas y Rojava.

Este es el motivo por el que escribo esta carta desde Chiapas. Porque aquí, en el sur de México, la rebelión florece desde hace veinticinco años. Hace veinticinco años, el 1 de enero de 1994 los indígenas mayas zapatistas, aquellos que no son nada, los más pequeños, los invisibles de siempre, aquellos que se

cubrieron el rostro para ser vistos, se sublevaron al grito de *¡Ya basta!* Basta a las políticas neoliberales y al Tratado de Libre Comercio de América del Norte que entraba en vigor ese mismo día. Basta al poder tiránico que imperaba desde hacía décadas. Basta a cinco siglos de racismo, desprecio y opresión coloniales. Durante algunos años, los zapatistas aceptaron dialogar con el gobierno mexicano e incluso consiguieron la firma de los Acuerdos de San Andrés en 1996; pero los sucesivos gobiernos nunca los cumplieron. Entonces, los zapatistas implementaron por sí mismos su reivindicación de autonomía, que no implica en absoluto separarse de un país que es suyo, sino que representa una *secesión respecto de cierta forma de organización política e institucional*. Lo que han construido es precisamente un verdadero gobierno del pueblo, para el pueblo, por el pueblo. Un autogobierno de la gente común. Han formado sus propias instancias de gobierno y sus asambleas, a niveles de los municipios autónomos, pero también a nivel de cinco grandes regiones. Sus propias instancias de justicia que resuelven los problemas mediante la mediación. Sus propias escuelas y sus propios centros de salud y clínicas, en los que han redefinido por completo la forma de funcionar.

Y no lo hacen para responder a las necesidades de un sistema nacional y mundial basado en la ganancia y el poder de unos pocos. No buscan ser más que otros. No intentan ser competitivos. No buscan tener éxito en un mundo de tecnócratas y de administradores de todo tipo. Sólo aspiran a que todos y todas puedan vivir con sencillez pero con dignidad. Que todos y todas puedan ser escuchados y escuchadas, y sobre todo que participen activamente en la organización de la vida colectiva. Sólo quieren que la lógica enloquecida de la Economía no deje a sus niños y a los nuestros un mundo devastado e invivable; y, por eso, se preparan para resistir la tormenta que se avecina.

Entonces, sí, en Chiapas y también en otros lugares y en muchas páginas de la historia de Francia queda demostrado que el pueblo que se levanta bien puede retomar su destino en sus propias manos. No son necesarios los políticos ni las instituciones representativas, que no hacen otra cosa que despojarnos de nuestra potencia. El pueblo puede organizarse por sí mismo, formar comunas libres, volver a determinar de qué manera pretende vivir, pues está claro, tal como lo dicen muchos Chalecos Amarillos, que ya no es posible seguir viviendo, o sobreviviendo,

como se lo ha hecho durante tanto tiempo. Ejercer esta libertad no es nada fácil, pero lo que puedo decirles es que les otorga a los rebeldes un formidable sentimiento de orgullo, hace sentir la fuerza de la dignidad recuperada y la alegría de descubrir aquello que la potencia colectiva hace posible.

Justicia. Vida digna para todos y todas. Poder del pueblo. Lo que presupone no dejarse engañar por la farsa de la democracia representativa y no consentir más en la reproducción de un mundo dominado por las exigencias productivistas y consumistas de la Economía.

¡Viva la rabia digna de los que no son nada!

¡Fuera los macrones y cualesquiera otros aprendices de Júpiter!

¡Muerte al sistema inicuo, destructivo e inhumano al que sirven!

¡Viva el poder del pueblo que se subleva y se organiza para y por sí mismo!

San Cristóbal de Las Casas, diciembre de 2018

Año 25 de la rebelión zapatista

Año 1 de la rebelión de los Chalecos Amarillos y las rabias de múltiples colores

“Contra la dictadura del dinero sobre nuestras vidas⁴”

Hoy en día, un gobierno no puede apartarse de lo que las fuerzas dominantes de la Economía esperan de él. Sus márgenes de maniobra son ínfimos. Para salir adelante un poco mejor que los países vecinos, no tiene otro recurso que avivar la competencia para arrebatárles algunas porciones de mercado y para atraer más capitales. Para lograrlo, tres condiciones revisten una importancia particular a los ojos de los inversionistas: reducir, o por lo menos contener, el costo del trabajo; flexibilizar el derecho laboral y ofrecer una política fiscal ventajosa para las empresas y los contribuyentes más ricos (en particular los grandes empresarios, cuyos altísimas ganancias permiten vincular firmemente a los intereses de los accionistas). Es evidente que una parte considerable de las políticas públicas en tiempos neoliberales no es más que la escrupulosa aplicación de tal programa, el de los actores del capital y de todas las instituciones nacionales e internacionales que se preocupan por “la buena marcha de la economía”.

*

Tales políticas dependen poco de la voluntad personal de los responsables políticos. Responden a determinaciones más profundas y estructurales. Es perfectamente lógico que en un mundo en el que la economía constituye la fuerza dominante, sean las fuerzas dominantes de la economía las que impongan su ley, aunque no logre hacerlo sin resistencias y con algunos fracasos. Uno se equivocaría personificando estas fuerzas en tal o cual jefe de Estado, aunque sea de una gran potencia, en los dirigentes de las grandes empresas transnacionales o en las quinientas mayores fortunas mundiales cuya lista figura en la revista *Forbes*. Si bien estos sujetos aprovechan ostensiblemente el estado de las cosas, se trata más bien de un sistema tentacular dotado de ramificaciones complejas. Si uno quiere

⁴ Llamado de los Chalecos Amarillos de Saint-Nazaire durante la Asamblea de Asambleas (Commercy, 26 y 27 de enero de 2019).

hacerse una idea de lo que los zapatistas llaman “la Sociedad del Poder”, habría que referirse en primer lugar a los ciento cincuenta grandes grupos que controlan alrededor de la mitad de la actividad económica transnacional (bancos, fondos de pensión, sociedades de gestión de activos, tales como Black Rock que gerencia él sólo seis billones de dólares de activos). A este núcleo duro de la economía mundializada hay que agregarle diversos actores de los llamados mercados financieros (grandes inversionistas y agencias calificadoras), los organismos financieros internacionales (el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, etcétera) y los principales bancos centrales, así como algunos altos funcionarios cosmopolitas que navegan entre el sector privado y la administración pública.

El neoliberalismo tiene como una de sus principales características la subordinación estructural de los Estados a las fuerzas de la economía, que ahora son predominantemente transnacionales. La razón de esto es sencilla. Desde el fin del siglo XVIII, el capitalismo se había desarrollado sobre la base de mercados nacionales. Una de las funciones mayores del Estado fue la de crear estos mercados nacionales eliminando las barreras aduaneras internas, unificando normas y reglamentaciones, y homogeneizando el espacio económico gracias a nuevos medios de comunicación como los ferrocarriles. Los imperios coloniales de las grandes potencias no fueron más que las extensiones propias de cada mercado nacional. La rivalidad de esos imperialismos cerrados y competitivos fue el origen del terrible ciclo de las dos guerras mundiales. Después de 1945, la afirmación de la hiperpotencia estadounidense y el surgimiento de empresas multinacionales anticiparon ciertos aspectos de las mutaciones posteriores. Pero es solamente con la etapa neoliberal, a partir del fin de los años 70 y, sobre todo, en la década siguiente, cuando se constituyó verdaderamente un mercado mundial único, en lo que se refiere tanto a la mano de obra como a los bienes materiales, los servicios y los flujos financieros. De esto resultaron cuatro fenómenos mayores: la deslocalización masiva de la producción industrial, pero también de los servicios, hacia las regiones de bajo costo laboral; una desocupación masiva y duradera en las regiones en donde ese costo es más elevado (un fenómeno todavía más

acentuado por la automatización de la producción); la liberalización de los movimientos del capital (por la supresión de las tasas y las restricciones que imperaban hasta ese momento); el alza de los déficits públicos, que conducirían a un endeudamiento creciente de los Estados (que pasó en cuatro decenios de una media del 20% a cerca de 100% del Producto Interno Bruto en la mayor parte de los países desarrollados). Este último punto tiene por consecuencia que el Estado, de ahora en más deudor, organice una transferencia masiva de dinero desde el conjunto de los contribuyentes hacia los dueños del capital. Es probable que la aceptación del impuesto resultaría seriamente cuestionada si se tomara en cuenta que, por ejemplo en un país como Francia, las dos terceras partes del impuesto sobre la renta sirven para pagar intereses a quienes poseen títulos de deuda.

La desocupación masiva y la amenaza de deslocalizar la producción ofrecieron a las empresas argumentos de peso para imponer condiciones de trabajo cada vez más duras y obtener, a la vez, un fuerte aumento de la productividad y la disminución de los costos salariales. Las características fundamentales del neoliberalismo permitieron que la relación de fuerza entre el capital y el trabajo se trasformara en beneficio del primero, lo que se tradujo en la restauración, por lo menos momentánea, de tasas de ganancia mucho más elevadas, después de su fuerte erosión en los años 60 y 70. La subordinación estructural de los Estados también encuentra allí sus bases fundamentales. Junto con la necesidad de pelear en la competencia internacional para seducir a los inversores, el chantaje de la deslocalización pesa mucho en la determinación de las políticas públicas. Además, el endeudamiento de los Estados los vuelve particularmente dependientes de los mercados financieros, a los que deben continuar pidiendo prestado, especialmente para financiar el servicio de la deuda. De una manera general, es evidente que el endeudamiento implica una relación de dominación: el que presta manda. Pero hay mecanismos más específicos que entran en juego, especialmente por la vía de las agencias calificadoras. Apenas un gobierno empieza a alejarse de la estricta ortodoxia neoliberal, las agencias degradan su calificación, lo que inmediatamente eleva las tasas de interés de los préstamos a los que tiene que recurrir, haciendo más pesado aún el fardo de su deuda y acentuando sus dificultades. Todo esto implica un poderosísimo mecanismo de control sistémico y de normalización de las políticas públicas.

Es así como se ha ido creando la subordinación estructural de los Estados, que consiste en el conjunto de los mecanismos mediante los cuales se ven obligados a aplicar las políticas exigidas por las fuerzas económicas. Esta subordinación estructural es también una de las causas principales de la crisis en la que se hundan las actuales “democracias representativas” (además de otros factores tales como el peso del dinero en las campañas electorales). La contradicción es la siguiente: los políticos deben obtener el apoyo de los electores para llegar al poder; pero para poder ejercerlo, necesitan de la aprobación de los mercados. Esta situación transforma en ineluctable la traición de sus compromisos de campaña. El hecho de que los dirigentes de los Estados, sean de derecha o de izquierda, estén compelidos a plegarse a los imperativos de la economía, es el origen de la pérdida de credibilidad de las élites políticas y, más generalmente, de la crisis de los sistemas representativos. Es también lo que contribuye a orientar hacia la extrema derecha el descontento de una parte creciente de los electores, que se sienten abandonados y despreciados.

Antes de proseguir el razonamiento, hay otros rasgos fundamentales del neoliberalismo que deben ser mencionados. El primero puede ser calificado de mercantilización (tendencial) del mundo. En el período anterior, la economía se articulaba con esferas sociales e institucionales que, en parte, funcionaban según sus propias lógicas no económicas. Por el contrario, se asiste ahora a una nueva expansión de las relaciones mercantiles en los ámbitos en donde antes no prevalecían: privatización de los servicios públicos y los recursos naturales; gestión corporativa de las administraciones públicas, y hasta de los hospitales y las universidades; mercantilización de las subjetividades mismas, que son invitadas a valorizar su propio capital humano y a medirlo todo por cantidad monetaria. Aún si las relaciones mercantiles no pueden imponerse en todas partes, el mundo de la Economía se extiende como jamás lo había hecho antes, penetrando hasta en lo más íntimo de los seres humanos.

La otra característica es la financiarización de la economía. Consiste primero en la expansión de la actividad bancaria y bursátil. Mientras que el Producto Interno Bruto mundial se ha cuadruplicado entre 1980 y 2010, el volumen de los activos financieros (ya sean acciones o títulos de deuda) se

multiplicó por dieciocho. Las actividades financieras, por lo tanto, crecieron a un ritmo cuatro veces superior al del conjunto de la economía. Más importante aún, la esfera financiera adquirió un papel cada vez más dominante en su relación con otros sectores de la economía. En particular, la gestión de las empresas resulta cada vez más determinada por la anticipación de los movimientos bursátiles. Esto lleva, entre otras cosas, a otorgar a los accionistas dividendos mucho más importantes que en el periodo anterior, a veces en detrimento de las inversiones y del interés a largo plazo de la misma empresa; pero esto resulta indispensable para evitar que los accionistas se muevan hacia otros títulos más ventajosos. En la misma lógica, más despidos de trabajadores anuncia una empresa, más sube su cotización en la Bolsa de Valores.

Otro aspecto de la financiarización de la economía es que las inversiones financieras de las empresas del sector productivo aumentan y representan una parte creciente de sus beneficios. Esto significa que los beneficios surgidos de la actividad productiva, en particular en los sectores tradicionales como el del automóvil, tienden a ser insuficientes y no pueden ser mejorados más que por las ganancias financieras. Se podría casi decir que estas grandes empresas no ganan dinero vendiendo automóviles, sino prestando dinero a los consumidores para que éstos compren automóviles. Por esta razón algunos han propuesto la noción de “capitalismo invertido”: en lugar de que las actividades financieras estén al servicio de la esfera productiva, es la producción la que, de ahora en más, está subordinada y sirve para sostener las ganancias financieras.

Sea como sea, la financiarización de la economía hace imposible disociar una buena economía productiva de las finanzas perversas que vendrán a vampirizarla. Por el contrario, hay que reconocer que el conjunto del sistema económico ya no se sostiene sino por la extensión desenfrenada del crédito y las ganancias financieras. Ni “las finanzas” en su conjunto ni, mucho menos, tal o tal banquero codicioso (al cual algunos quizás se inclinarían a atribuir un apellido judío) deben considerarse como el origen de los problemas actuales, que debe buscarse en la lógica global de un sistema económico en el cual la esfera financiera tiene, en efecto, una posición dominante. Pero los dos aspectos son, de ahora en más, indisociables.

Queda por abordarse una cuestión crucial. ¿Habría posibilidades, hoy en día, para una economía capitalista que no fuera neoliberal? Esta es la esperanza de quienes, en su crítica al neoliberalismo, aspiran a volver a una forma anterior de organización en la que la esfera financiera tenga menos peso, y el Estado sea capaz de controlar las fuerzas económicas para atenuar sus efectos más nefastos. Es también el credo de quienes gritan por la desmundialización que, según ellos, permitiría reforzar los marcos nacionales considerados más protectores. Sin embargo, todos los elementos que mencionamos desde el comienzo de este capítulo van en sentido contrario. En efecto, si bien los Estados siguen siendo parte de los mecanismos del capitalismo globalizado y son indispensables para asegurar el control social de las poblaciones y perfeccionar el ordenamiento economizado de los territorios, su subordinación estructural impide cualquier movimiento que se aleje de lo que exigen las fuerzas dominantes de la economía. Llegado el caso, poderosos mecanismos de normalización se activan, mediante la especulación monetaria, la desconfianza de los mercados, la huida de capitales, el alza de las tasas de interés, las deslocalizaciones productivas, de tal forma que son compelidos de someterse rápidamente.

Pero ¿es verdaderamente imposible que las condiciones estructurales de esta subordinación de los Estados sean modificadas? Reconozcamos de entrada que el papel de los Estados no fue constante durante el periodo neoliberal. Si la edad de oro del neoliberalismo, a fines de los '80 y el decenio siguiente, ha sido marcada por una clara reducción de las intervenciones del Estado en el ámbito económico, su puesta en obra inicial no fue posible sino gracias a las políticas de los Estados, que fueron destruyendo metódicamente las condiciones de su propia soberanía. Posteriormente, la crisis del 2007-2009 mostró que sólo los Estados podían evitar una propagación de la crisis, gracias a cuantiosos planes de apoyo a los bancos y a las más grandes empresas. Desde ese momento, se advierte una inflexión que parece admitir que la economía neoliberal requiere de ciertas intervenciones más visibles del Estado. Pero esto no permite hablar del fin del neoliberalismo, cuyos rasgos más fundamentales no son, para nada, cuestionados.

Sobre todo, el paso a la modalidad neoliberal del capitalismo no fue el resultado de una decisión tomada por algunas personas, como si hubieran tenido

la oportunidad de elegir entre varias opciones. Si ese hubiera sido el caso, sería posible pensar que la decisión tomada en aquel momento en ese sentido, podría ser fácilmente borrada por otra decisión en sentido inverso. Pero no es así, ya que, como se vio, las políticas neoliberales crearon poderosos mecanismos de normalización que se ponen en marcha apenas se detecta la más mínima intención de alejarse de ellas y emprender otros caminos. Sobre todo, el giro neoliberal no fue sólo el resultado de una ofensiva ideológica de sus partidarios. Más fundamentalmente, pudo darse porque se agotaron las condiciones del éxito de las viejas políticas keynesianas, que acordaban al gasto público un rol decisivo para sostener el crecimiento. De hecho, las primeras respuestas a la crisis, en los años 70, fueron keynesianas, con la expansión de la emisión monetaria, el alza del gasto público y el endeudamiento, sobre todo en los Estados Unidos. Es el fracaso de estas políticas, llevadas a cabo por Nixon, lo que abrió la vía a la opción neoliberal necesaria para modificar la relación de fuerza con los trabajadores y restaurar una tasa de ganancia que estaba fuertemente erosionada. Al mismo tiempo, se trataba de superar una situación de sobreacumulación en la cual el capital disponible no encontraba lugar donde invertirse, de manera satisfactoria, en la producción.

Para sortear estas dificultades, las políticas neoliberales se han dedicado a ampliar la esfera de acción del sector privado, *así* como a expandir las ganancias ofrecidas por las actividades financieras y el auge del crédito. Desde entonces, esos campos de expansión de la valorización del capital se han transformado en vitales para la economía mundial, y toda vuelta atrás que quisiera restringirlos es propiamente impensable. Por último, hay que agregar que el imperativo absoluto de crecimiento, propio del capitalismo, implica una tendencia siempre mayor a la unificación espacial; por lo tanto, es poco probable que pudiera proseguir en su dinámica y a la vez restringir sus horizontes, es decir, replegarse hacia mercados más estrechos y renunciar a las prósperas actividades del comercio mundial. No se le puede pedir al capitalismo que vaya a contramano de su lógica fundamental sin acentuar rápidamente una dinámica de crisis que conduzca a ahogarlo.

Aquellos que reclaman la desmundialización ponen cara de ignorar las lógicas fundamentales del sistema económico realmente existente. No está excluido sin embargo que en un proceso de derrumbe progresivo y parcial de este

sistema puedan manifestarse tendencias a la desmundialización, con el retorno de algunos bloques económicos continentales o nacionales. De hecho, Donald Trump afirma querer restaurar la grandeza nacional de su país, en detrimento de las lógicas mundialistas. Sin embargo, Trump ha tratado de llevar adelante tal política (o se ha esforzado por dar esa impresión), pero no lo ha logrado. El presidente de lo que es, todavía, la primera potencia planetaria, vio levantarse delante suyo poderosos mecanismos sistémicos que tienden a hacer prevalecer las lógicas de la economía mundializada. Además, actuando así, no ha hecho más que contribuir, a su pesar, a una transición delicada, que implica el retroceso de la potencia estadounidense frente a una China en pleno ascenso. Dicho de otra manera, la tendencia a la desmundialización podría afirmarse en los próximos años, pero eso no sería más que un signo suplementario de la crisis estructural del sistema económico global y de las crecientes dificultades que encuentra como para reproducirse.

*

En síntesis, hay que recordar que las políticas llevadas hoy día por los gobiernos no son, en lo esencial, el efecto de sus propias elecciones. Son la expresión de las lógicas de un mundo dominado por fuerzas económicas transnacionales y los Estados ocupan una posición de subordinación estructural.

Por otra parte, la esfera financiera no es un parásito que vampirice a la economía productiva que, en sí misma, sea sana y justa. La economía capitalista no pudo seguir desarrollándose, desde los años 80, más que gracias al auge de las actividades financieras y a la expansión desmesurada del crédito. Sin esta parte, que le resulta ahora vital, se desmoronaría inmediatamente.

Finalmente, no es posible retornar a la modalidad del capitalismo que existía antes de su fase neoliberal. Por lo tanto, un análisis crítico de la situación presente conduce a cuestionar el mundo de la Economía en su conjunto: un mundo estructurado por lógicas que podrían llamarse, simplemente, capitalistas.

“No quiero vivir más en un mundo en el que las palomas no vuelen⁵”

El cambio climático nos obliga a repensar todo. Nunca la humanidad –y muchas otras especies junto con ella– se habían enfrentado a un problema tan grave, que altera profundamente las condiciones de vida en la Tierra. Ciertamente, el riesgo de una deflagración nuclear durante la Guerra Fría representaba una amenaza aparentemente más temible. Pero se trató tan sólo de una *posibilidad* (que, hasta ahora, ha sido evitada), mientras que el caos climático, si bien por ser más progresivo resulta menos espectacular, constituye un *hecho ya consumado* (tanto en el presente como para el futuro). Además, la ironía de esta catástrofe, que pone en entredicho la vida sobre la Tierra, es que ha sido creada por la humanidad misma, dando, de esta manera, prueba de su propensión a la autodestrucción. Pero, ¿se trata verdaderamente de la humanidad? ¿Toda la humanidad?

Durante los últimos años, los efectos del desastre climático comenzaron a ser netamente perceptibles, y no solamente para los agricultores o los habitantes de las islas de la Polinesia, donde la elevación del nivel de los océanos tiene ya consecuencias terribles. Todos los habitantes del planeta observan fenómenos meteorológicos que no se producían antes. Sufren olas de calor inéditas que traen consigo gigantescos incendios, o bien precipitaciones brutales y ciclones cada vez más frecuentes y más violentos. Estas alteraciones son tan impactantes y se acentúan tan rápidamente que nadie puede negar la realidad del calentamiento climático global. Es necesario subrayar que éste ya no es más un objeto de debate científico: la totalidad de los estudios publicados en las revistas especializadas reconocen el origen humano del calentamiento actual, que no es de ninguna manera asimilable a las variaciones climáticas de épocas geológicas anteriores. Por eso, los climato-escépticos, al tener dificultades para negar el hecho mismo del

⁵ Canción de los Chalecos Amarillos (autor: Antonin).

calentamiento de origen humano, adoptan generalmente una posición de retirada que consiste en minimizar o negar la gravedad de la situación.

¿Hacia dónde nos dirigimos? Según el Acuerdo de París, habría que limitar la elevación de las temperaturas medias a 2° (o 1,5°C, si fuera posible), límite por encima del cual las consecuencias del calentamiento climático comenzarían a transformarse en dramáticas. Sin embargo, en 2018, en las vísperas de la COP 24, el Programa de las Naciones Unidas para el Medioambiente ha indicado que aún si los compromisos asumidos en la COP 21 fueran respetados, llevarían a un calentamiento global netamente superior, del orden de 3°C. Por otra parte, es más que probable que esos compromisos, aunque insuficientes, estén lejos de ser respetados. De hecho, para lograrlo, haría falta reducir las emisiones mundiales de dióxido de carbono (CO₂) en 2,9% por año hasta el 2050. Pero en 2017 esas emisiones aumentaron el 2%.

Incluso si se diera una aceleración de las políticas de transición energética, el resultado altamente probable sería el que el Banco Mundial mismo planteó hace algunos años, con un alza de las temperaturas medias de 4°C. Hay que precisar que esas cifras se refieren a medias planetarias. Sabiendo que los océanos se calientan menos que la tierra, un alza media de 4°C corresponde a un alza de las temperaturas *continentales* próximas a 6°C. Además, el alza no está igualmente repartida, de suerte que 4°C planetarios, transformados en 6°C continentales, implican temperaturas aún más elevadas para varias regiones del mundo.

Estas cifras, que indican la gravedad del calentamiento por venir, deberían ser suficientes para darnos frío en la nuca. Pero, ¿en qué medida somos realmente capaces de representarnos lo que anuncian? Como, por ejemplo: una elevación del nivel medio de los océanos comprendida entre uno y dos metros; centenares de millones de desplazados climáticos; olas de calor y sequías dramáticas; lluvias torrenciales y ciclones ultraviolentos; destrucciones repetidas de las cosechas; gigantescos deslizamientos de terreno con sus consecuentes poblaciones destruidas; la acidificación de los océanos y la disolución de los corales con sus consecuencias en toda la cadena alimenticia marina; la desaparición de la selva

amazónica y la destrucción de otros ecosistemas de los cuales depende la vida de pueblos enteros; la reducción de las tierras cultivables; la aparición de nuevos insectos perjudiciales para los cultivos; la expansión de enfermedades tropicales hacia poblaciones desprovistas de defensas inmunológicas; la falta de agua y la intensificación de los conflictos por el control de la misma, etcétera. Además, es probable que este panorama desolador no constituya más que un guión demasiado prudente, que posiblemente minimice los fenómenos de retroacción y de aceleración no lineal que hacen del cambio climático un proceso en parte imprevisible, y que también se combina con los efectos de otras contaminaciones y el derrumbe de la biodiversidad, que se acelera frente a nosotros.

Estas transformaciones son propiamente telúricas. Introducen al planeta en un nuevo periodo geológico que los científicos han llamado el *Antropoceno*. Como lo sugiere el término, vivimos en un mundo en el que la humanidad se transformó en una fuerza geológica que no solamente modifica su entorno directo, como siempre lo hizo, sino que altera los procesos esenciales de la Tierra a escala global. Claramente, el *Antropoceno* es un periodo inédito marcado por el desastre climático de origen antropogénico. La curva no está trazada de antemano y oscila entre muchas variantes posibles, pero está claro que llegó el momento de salir de la indiferencia y de la pasividad. El tiempo urge. Falta poco para que lo peor se transforme en certidumbre.

*

Si la toma de conciencia parece progresar rápidamente sobre este punto, no faltan las lecturas sesgadas en cuanto a las causas del calentamiento climático. Hace pocos meses, el *New York Times* dedicó la totalidad de su suplemento semanal a esta cuestión. Subrayaba que la gravedad del calentamiento en curso había sido detectada desde los años 80, para concluir que si nada se hizo, ni entonces ni más tarde, es porque el ser humano es, por naturaleza, de miras estrechas e incapaz de tomar decisiones difíciles. Mientras que algunos minimizan la gravedad del calentamiento climático y la urgencia del problema, otros, siendo conscientes tanto de uno como del otro, impiden también toda posibilidad de un cambio de rumbo real. En efecto, si el desastre climático es el fruto envenenado de la eterna naturaleza humana, entonces nada permitiría evitar lo ineluctable. No

queda más que adaptarse a las nuevas condiciones climáticas y tratar de mitigarlas recurriendo a la geoingeniería –una opción hipertecnista que fascina a los aprendices de brujos-, cuyos efectos sobre los ecosistemas podrían ser aún más dramáticos que los males que pretende combatir.

Atribuir la responsabilidad del desastre climático a la naturaleza humana o a la humanidad en tanto que tal, es una superchería y un insulto a todos los pueblos del mundo que no han contribuido para nada, o muy poco, a ello. La actual concentración de gas con efecto invernadero es el resultado de un proceso que comenzó durante la revolución industrial, a fines del siglo XVIII, con la utilización masiva de la máquina de vapor en la industria y los transportes. El fenómeno se expandió en el siglo XX, con los motores a explosión y el petróleo, hasta su aceleración, después de 1945, con el surgimiento de la sociedad de consumo y la mundialización de la economía. Nacido en un momento preciso, el fenómeno se inscribe en una geografía también específica. Surgió en Gran Bretaña, antes de ser liderado por los Estados Unidos. Por eso hasta 1980, más de la mitad de las emisiones de dióxido de carbono habían sido generadas por estos dos países. Aún si hoy la China y la India pesan más en el balance de los gases con efecto invernadero, Europa Occidental y América del Norte son quienes tienen la responsabilidad histórica del calentamiento climático. Hay que reconocer que esto no es *toda la humanidad*.

En el seno mismo de las naciones que dominaron y colonizaron el mundo la responsabilidad está lejos de ser socialmente homogénea, pues el balance de carbono no es igual arriba que abajo. Más aún, es el surgimiento de un sistema productivo fundado en las energías fósiles (con todas las políticas de modernización que lo acompañaron e hicieron posible) el que debe ser identificado como causa del aumento de las emisiones de dióxido de carbono. Por lo tanto, hay muy buenas razones para bautizar de otra manera el nuevo período geológico identificado por los científicos: más que *Antropoceno*, debería de llamarse *Capitaloceno*. De hecho, lo que ha propiciado el salto hacia este nuevo momento de la historia de la Tierra no es la humanidad como tal, sino un sistema económico y social específico: el capitalismo. Además, éste ha creado la supuesta “naturaleza humana” a su imagen, haciendo del egoísmo y del interés personal

valores positivos, algo que ninguna cultura humana anterior había asumido.

En el siguiente capítulo precisaremos lo que comprendemos por “capitalismo”, pero se puede insistir en que este sistema no puede perpetuarse sin un crecimiento continuo y teóricamente ilimitado. Esta necesidad de crecimiento es su imperativo categórico. Cuando el crecimiento se atenúa, todas las luces se ponen en rojo; si se detiene, la crisis se vuelve abierta. Agreguemos que el crecimiento requerido no tiene que ser constante, sino cada vez más intenso. En efecto, una tasa de 2% o 3% representa hoy en día un crecimiento en valor absoluto dos veces más fuerte de lo que significaba la misma cifra quince años atrás, porque en este entretiem po la economía mundial duplicó su tamaño. Detrás de una misma tasa de crecimiento se oculta una dilatación de la economía cada vez más acelerada, es decir, exponencial. Ahora bien, tal crecimiento implica una explotación de la naturaleza cada vez más voraz y más destructiva de los territorios y los ecosistemas, así como el aumento, a su vez exponencial, del dióxido de carbono atmosférico.

Desde la mitad del siglo XX, el sistema capitalista se sostiene por el crecimiento masivo del consumismo, que llega hasta los rincones más recónditos del planeta. Lejos de ser espontáneo, este fenómeno debe ser creado, lo que también supone destruir los saberes vernáculos y la autonomía que caracterizaban los modos de vida tradicionales. Hay que mantenerlo y amplificarlo sin cesar, a través de la moda y la obsolescencia programada de las mercancías, sin hablar de la maquinaria de influencia mental que es la propaganda publicitaria. En ésta se gastan cerca de 600 mil millones de dólares anuales, pagados, sin que se den cuenta, por los consumidores, lo que representa no menos de un tercio de los gastos militares mundiales. Este es el precio que se paga para perpetuar el consumismo compulsivo que es el reflejo de la exigencia productivista, constitutiva del sistema capitalista. De hecho, éste no puede sobrevivir sin producir cada vez más y, por lo tanto, sin producir también el deseo de consumir cada vez más. Esta escalada cuantitativa permanente y *necesaria* constituye la verdadera raíz de la catástrofe climática, ecológica y humana en la que hoy en día nos hundimos.

Entonces, ¿cómo podríamos esperar salir airosos de esta situación estando en un sistema que por su lógica misma la ha venido creando? El “capitalismo

verde” y el “desarrollo sustentable” son las etiquetas tranquilizadoras que tratan de convencernos de que se podría sobrellevar el problema climático transformándolo en nuevos mercados, sin cambiarle nada a la lógica que lo ha producido. Ciertamente, políticas voluntaristas de transición energética podrían permitir ciertos avances, como la renovación térmica de las habitaciones o la generalización de los automóviles eléctricos. Pero si bien estas políticas pueden aliviar la mala conciencia de los conductores que dejan de ver el gas carbónico salir de su tubo de escape, queda por analizar el origen de la electricidad utilizada, *así* como la de los materiales como el litio de las baterías. Todas las energías alternativas traen consigo nuevos problemas ecológicos, territoriales y humanos graves, en la medida en que siguen asociadas con la desmesura y la exigencia de crecimiento de la compulsión productivista capitalista. La virtud de la energía eólica, que puede permitir una producción local de electricidad para un grupo de habitantes, se transforma en un infierno devastador cuando parques de millares de hélices gigantes afectan a las poblaciones y destruyen frágiles ecosistemas, sólo para favorecer grandes empresas como las del sector agroindustrial, que además promueven la comida chatarra y superexplotan a sus trabajadores en zonas especiales, libres de derechos y de impuestos.

La amplitud del desastre climático y ecológico es tanta que es aberrante y criminal hacer creer que se podría solucionar gracias a pequeños gestos individuales, tales como apagar las luces al salir de una habitación o comer menos carne. Si bien los cambios personales son importantes, la escala del desastre es otra e implica sistemas de producción, de transporte y de energía en los que los individuos como tales difícilmente pueden influir. Incluso la transición energética resultaría insuficiente, aunque fuera llevada a un ritmo rápido, lo que parece altamente improbable. En realidad, es imposible mantener el calentamiento global dentro del límite de 2°C sin una disminución drástica del consumo global de energía y, por lo tanto, sin una baja significativa del crecimiento mundial. Se pudo calcular que, para respetar los Acuerdos de París, habría que esperar que el crecimiento caiga desde ahora entre 0 y 1%, con una baja neta del PIB medio por habitante. Estabilizar el calentamiento climático a un nivel que ya implica pesadas consecuencias no es posible más que poniendo fin a la exigencia de un crecimiento sostenido a toda costa. Esto implica eliminar la pulsión productivista que es

constitutiva del sistema capitalista. De hecho, éste es incompatible con un crecimiento débil o nulo, cuyo carácter recesivo o depresivo lo sumergiría inmediatamente en una crisis profunda.

*

Pase lo que pase, los efectos destructivos del productivismo capitalista van a sentirse cada vez más en los próximos decenios. Ciertos daños ya son irreversibles y aún en el guión menos dramático, las generaciones por venir tendrán la inmensa tarea de reparar el mundo, por lo menos en lo que aún pueda ser reparado. La cuestión entonces es saber si lo que se va a hacer de ahora en más continuará profundizando la catástrofe, hasta la extinción casi completa de la vida sobre la Tierra, o bien si, con un cambio radical de rumbo, se interrumpirá la marcha acelerada hacia el desastre completo.

Las movilizaciones por el clima se están intensificando considerablemente (procesos en contra de los Estados por su inacción climática, huelgas de la juventud, acciones de desobediencia civil, etcétera). Los signos de una clara toma de conciencia se multiplican justo en el momento en el que los primeros efectos del calentamiento global comienzan a ser sentidos. Esos efectos van ineluctablemente a hacerse, año tras año, cada vez más dramáticos, de suerte que las reacciones y las formas de lucha suscitadas por el caos climático y ecológico no podrán sino crecer en amplitud y probablemente también en radicalidad. Surge aquí una fuerza que comienza a emerger y que bien podría desbordar todos los pronósticos.

Quizás tengamos que considerar que esta fuerza no es solamente humana. Se ancla en las reacciones de lo que los pueblos amerindios llaman la Madre Tierra, frente a las agresiones de todo tipo que padece. Es un tejido de interacciones entre los humanos y una naturaleza perturbada que los arrastra en sus propias convulsiones. “No defendemos la naturaleza, somos la naturaleza que se defiende”, puede escucharse en las luchas recientes. Se trata de reintegrar lo humano en la comunidad de los seres vivos, de concebir la lucha como una alianza entre la parte de la humanidad que no se resigna al desastre y los demás habitantes, no humanos, del planeta Tierra.

La toma de conciencia sobre la gravedad del desastre climático no puede más que crecer en los años por venir. Sin embargo, no necesariamente conducirá a evitar lo peor. El mayor desafío es el siguiente: no permitir que la inquietud cada vez más grande provocada por la degradación climática y ecológica se deje desviar hacia explicaciones sesgadas y soluciones insuficientes, incluso peligrosas. Identificar la verdadera causa del calentamiento global resulta indispensable y, desde este punto de vista, puede ser útil nombrar *Capitaloceno* al período en el que vivimos. No hay posibilidad de actuar a la altura de los desafíos sin romper con un sistema en cuyo centro se encuentra la pulsión productivista insaciable. En este sentido, si la preocupación ecológica parece ser cada vez más unánime, los caminos a los que conduce obligan a romper cualquier ilusión consensual. El combate a llevar a cabo no puede ser sino la oposición entre quienes identifican la responsabilidad del capitalismo y, por lo tanto, lo enfrentan y quienes, omitiendo esta responsabilidad, se hacen cómplices de la destrucción en curso.

En definitiva, la elección es simple, por lo menos en su enunciado: el crecimiento o el clima. Pero el crecimiento, a su vez, no es más que la expresión de un imperativo constitutivo del capitalismo. En tanto que éste continúe prevaleciendo, la catástrofe climática y biosférica no podrá más que profundizarse. Si uno no quiere condenarse a ver “cambiar el clima” más allá de lo soportable, no existe otra opción que la de “cambiar el sistema”, en el corazón del cual encontramos el productivismo compulsivo del capitalismo. En caso contrario, el planeta continuará cayendo en un abismo donde la posibilidad misma de la vida –una vida digna, por no decir la vida misma– se reducirá cada vez más drásticamente. Las luchas son múltiples, pero ninguna de ellas puede ignorar la necesidad de preservar la posibilidad de vivir en la Tierra.

La tormenta planetaria: la crisis estructural del capitalismo

¿En qué mundo vivimos? Los medios dominantes nos van repitiendo desde la mañana hasta la noche que vivimos en regímenes democráticos. Mientras existen dictaduras que desprecian el veredicto de las urnas y encarcelan sus opositores, tenemos la suerte de elegir a nuestros gobernantes y de gozar de los principales derechos humanos. Viendo las cosas con esos lentes, no podemos sino adherirnos con gusto al mundo en el que nos toca vivir. Sin embargo, esta manera de construir la realidad omite sus rasgos más importantes. Es posible que vivamos en democracias, por exangües que hayan quedado. Pero, sobre todo, vivimos en el mundo de la Economía, un mundo en el que las lógicas que se imponen son la búsqueda de ganancia, el imperativo del crecimiento, la compulsión productivista y consumista, el dinero como medida de todo, el reordenamiento de los territorios y la mercantilización de las subjetividades, con todas las consecuencias destructivas de estas dinámicas.

Vivimos, entonces, en el mundo de la Economía. Denominarlo igualmente “capitalismo” no tiene nada de aberrante, porque la búsqueda de la ganancia, su principal motor, no es más que la exigencia de valorización del dinero invertido, es decir, del capital. Dicho esto, comenzamos a responder la cuestión que surge de los dos capítulos precedentes. En efecto, si las políticas neoliberales son la expresión de las evoluciones del capitalismo y si éste es la causa fundamental del caos climático y biosférico, entonces es importante establecer, tan precisamente como sea posible, en qué consiste este sistema. Se trata de no errar el blanco y se trata también de saber exactamente de qué debemos liberarnos. Por lo tanto, después de identificar las características principales del capitalismo, habrá que precisar cuáles son sus dinámicas actuales y establecer qué implicaciones políticas tiene el diagnóstico que, al respecto, haremos.

*

¿Qué entendemos exactamente por capitalismo? Hay que comenzar por rechazar la idea según la cual el capitalismo no sería más que la amplificación de ciertas prácticas, como el comercio, o de ciertas actitudes, como el lucro, que vienen realizándose desde hace milenios. El capitalismo, por el contrario, es un sistema económico y social muy singular que, en todas sus dimensiones, se afirmó en el siglo XVIII y representó una verdadera ruptura, antropológica y civilizatoria, en relación a todas las sociedades humanas anteriores. Por otro lado, es insuficiente definir al capitalismo por la simple conjunción de la economía de mercado y de la propiedad privada de los medios de producción. Si así fuera, bastaría, para ponerle fin, con estatizar la economía y asegurar, por la planificación, una repartición justa de las riquezas. La experiencia de lo que ha sido llamado, equivocadamente, el “socialismo real” en el siglo XX, demuestra el carácter erróneo de tal perspectiva: más allá de sus derivas criminales, el bloque soviético no logró jamás romper con las lógicas fundamentales del capitalismo.

Lo que caracteriza al sistema capitalista es, mínimamente, la centralidad del trabajo asalariado (jamás abolido en los países del “socialismo real”). Presupone esto: aquéllos que han sido desposeídos de todo medio para producir lo que necesitan para vivir, están en la obligación, a cambio de una cantidad de dinero sin la cual no pueden subsistir, de poner su tiempo y su capacidad de trabajo a disposición de quienes poseen –o controlan– los medios de producción. Además, en el trabajo asalariado, que implica una poderosa subordinación social, se oculta una característica decisiva del capitalismo. Su lógica fundamental es la exigencia de que el capital invertido se transforme en más capital; y en la producción encuentra el medio principal para lograrlo. Así, las mercancías producidas (bienes o servicios) no interesan por ellas mismas, sino solamente en la medida en que representan un valor que valoriza el capital invertido. Su calidad de objeto y el uso que puede hacerse de ellas no son el verdadero fin de la producción, sino solamente el medio para la acumulación de capital. Es ahí donde debe ubicarse la raíz del productivismo compulsivo del capitalismo: en este sistema se produce por producir, porque eso es lo que permite satisfacer la exigencia de valorización del capital.

También habría que subrayar que el capitalismo no es solamente un sistema económico. Conviene tener una comprensión más amplia del mismo, porque la esfera particular que es la economía, dotada ciertamente de un peso que jamás había tenido antes, implica también un cierto tipo de organización social y política, *así* como un conjunto de representaciones y de valores que involucran hasta la concepción misma del ser humano y del mundo. Más que un sistema económico, el capitalismo es un tipo de sociedad organizada *en torno a y por* la mercancía, incluso si, en él, no todo responde a lógicas mercantiles. Es lo que entendemos aquí al hablar de *sociedad de la mercancía*. El capitalismo es el mundo de la Economía: un mundo el que la economía modela según sus necesidades y, cada vez más directamente, a su imagen. La exigencia de la valorización del valor es el principio que irradia por todas partes, incluso según modalidades no económicas, mediante su capacidad de modelar los territorios y los imaginarios, de gobernar las poblaciones y determinar sus conductas. De esto se concluye que el capitalismo no es solamente una realidad exterior a nosotros, sino que resulta omnipresente hasta para nuestras maneras de ser.

*

Ahora, en el momento preciso en que el capitalismo del periodo neoliberal se transforma en más “puro”, dejando de lado las lógicas sociales e institucionales que no responden directamente a los imperativos de la economía, se acumulan también signos de una crisis profunda. Sería equivocado reducir la crisis a una técnica de gobierno, aún siendo evidente que una “estrategia del shock” ha sabido instrumentalizar la crisis para imponer medidas impopulares. No se trata tampoco de una crisis cíclica, previa al paso a un nuevo ciclo de acumulación del capital. Se trata de una dinámica de crisis *estructural*, permanente, que se integra a las formas mismas de la acumulación. Además, esta crisis no es solamente económica, sino que entrelaza numerosos aspectos, especialmente ecológicos, políticos, sociales, financieros, migratorios y también subjetivos.

Vamos a mencionarlos brevemente. Ya hemos analizado las razones de la descomposición de los sistemas políticos, marcados por una profunda pérdida de credibilidad y que derivan hacia el autoritarismo y un identitarismo cargado de odio. La subordinación estructural de los Estados, hace que, cualesquiera que sean

los compromisos de campañas y las esperanzas de los electores, las políticas llevadas adelante siempre son, en lo esencial, las que exigen las fuerzas dominantes de la economía. Esta situación afecta en primer lugar a los ciudadanos que ven sus aspiraciones pisoteadas y sus derechos progresivamente restringidos; pero también trae consigo una inestabilidad creciente y una crisis de hegemonía que pone en peligro la capacidad de las élites de asentar su dominación.

Tratándose de la crisis ecológica, algunas observaciones pueden ser agregadas a lo que ya se ha dicho en el capítulo anterior. Si bien la “transición energética” y el “desarrollo sustentable” abren nuevos mercados prometedores, esta crisis también trae consigo graves dificultades para el mundo de la Economía. El agotamiento tendencial de las energías fósiles y de varios minerales estratégicos conducirá a un alza de los costos de producción. A esto hay que agregarle los inconvenientes económicos cada vez más exorbitantes de las múltiples formas de contaminación como, por ejemplo, su carga sobre los sistemas de salud o la imposibilidad de desplazarse y de trabajar en caso de toxicidad extrema del aire, como ocurre en las principales ciudades chinas. La factura de los brutales fenómenos meteorológicos generados por el caos climático está igualmente destinada a crecer vertiginosamente. La lógica de la mercantilización podrá, durante cierto tiempo, transformar la desgracia en una jugosa ocasión para las ganancias, pero llegará el momento en el que la presión social frenará la posibilidad para las empresas de externalizar el costo de sus degradaciones ecológicas, y en el cual la destrucción provocada por la actividad productiva, la amplitud de los desórdenes y la elevación de los costos a soportar, combinándose con otros factores de crisis, transformarán en cada vez más difícil la reproducción del mundo de la Economía.

La crisis social no es menos evidente: desocupación masiva y precarización, exclusión y formación de guetos, delincuencia y violencia de todo tipo, olas de femicidios, auge del racismo y los rechazos identitarios, dramas vividos por los migrantes, etcétera. En buena parte, esta crisis social es la consecuencia de las mutaciones del trabajo, cada vez más desfavorables para los asalariados (flexibilización y exigencias de productividad llevadas al extremo, etcétera), pero también de una contradicción entre la persistente centralidad social del trabajo y

la creciente imposibilidad para que el conjunto de la población se integre al mundo laboral. El potencial de crisis de esta situación es doble. Acentuar la presión sobre los asalariados representa una ventaja evidente para los que gestionan la economía; pero tal proceso no es ilimitado, ya que el sufrimiento en el trabajo alcanza un grado intolerable y se multiplican *burn out* y suicidios en los espacios profesionales. Finalmente la cuerda termina por romperse. Ya sea individualmente, por enfermedad o muerte. así como por la *desadhesión* de los que, cada vez más numerosos, abandonan un mundo empresarial que les resulta carente de todo sentido. Ya sea colectivamente, como en el caso de los Chalecos Amarillos. Si bien sus reivindicaciones y sus modos de acción no se ubicaron específicamente en la esfera del trabajo, queda claro que, con ellos, es la base de la sociedad salarial la que ha manifestado su hartazgo y que gritó BASTA. La otra opción tendría la ventaja, desde el punto de vista de la acumulación del capital, de aniquilar la resistencia de los asalariados. Consiste en apostarle a la nueva ola de robotización que amenaza con eliminar cerca de la mitad de los empleos actuales, especialmente en los servicios (como el transporte vial o la gran distribución). Nuevamente, es la base de la sociedad salarial la que sería impactada, pero esta vez para orquestar su desaparición completa. Las dos dinámicas, o sea la presión máxima ejercida sobre los asalariados y su expulsión fuera de la esfera del trabajo, son perfectamente compatibles y, de hecho, van a proseguir tanto una como la otra. En consecuencia, la crisis social, ahora constitutiva del mundo de la Economía, no puede continuar más que agravándose.

En cuanto a la economía misma, parecería deslumbrante si uno piensa en las ganancias elevadas de los más grandes grupos industriales y financieros o en el aumento indecente del patrimonio de los multimillonarios. Pero en un contexto en el que la competencia es feroz y las desigualdades crecen escandalosamente, esto significa, sobre todo, que las ganancias y las riquezas están cada vez más concentradas. Al mismo tiempo, el verdadero indicador del estado de salud del mundo de la Economía, la tasa de crecimiento, ciertamente demasiado elevada como para detener el caos climático, no deja de ser insuficiente para asegurar la valorización de una masa de capitales cada vez más gigantesca. La tendencia a la sobreacumulación y la sobreproducción está acentuada por la restricción de las capacidades de consumo (por la contención salarial, la presión fiscal, el alza de la

desocupación y de la exclusión, etcétera). Ciertamente, la brecha entre la pulsión productivista y los límites del poder de compra han podido ser en parte superados por el uso masivo del crédito, que las políticas neoliberales han favorecido. Pero la extensión desmesurada del endeudamiento, junto con los artificios vertiginosos de la parte oculta del mundo financiero, se transformaron en un punto de muy alta vulnerabilidad. Superior en cuatro veces al PIB mundial, el endeudamiento total constituye el agujero negro de la economía globalizada. Por cierto, asegura a los acreedores una renta faraónica, pero los andamios son frágiles y pueden derrumbarse en cualquier instante. Es lo que ha ocurrido en 2007–2009. Los Estados pudieron, en ese momento, evitar el contagio de la crisis sosteniendo a los bancos y los sectores industriales más amenazados con centenares de miles de millones de dólares. Pero se trató de un arma de un solo tiro, porque estas ayudas no hicieron sino acentuar todavía más el nivel del endeudamiento, una de las causas de las crisis. Desde ese momento, la economía mundial ha sido mantenida bajo respiración artificial, mediante tasas de interés muy bajas y hasta negativas, mientras que los bancos centrales se han visto fuertemente debilitados por su rechazo a liquidar los activos financieros dudosos y por la compra masiva de títulos de deuda. No solamente los factores de crisis se agravaron, sino que se ha reducido la capacidad de hacerle frente a nuevos golpes.

Varios de los factores mencionados convergen para acentuar las dificultades del mundo de la Economía (especialmente el alza de los costos de la energía y las materias primas en vías de escasez, la elevación de los costos ligados al desorden climático y a los efectos de la polución, sumando también los límites encontrados en la carrera hacia la productividad del trabajo y la contención de los costos salariales). Sobre este último punto, hay que subrayar que las reservas de mano de obra a bajo costo tienden a extinguirse. Hoy en día, la base del sistema salarial mundial viene formada por alrededor de trescientos millones de trabajadores chinos que migraron de las regiones rurales del interior del país hacia las ciudades industriales de la costa y que, totalmente desamparados frente a sus empleadores, sufren una explotación sin límites (con jornadas de trabajo de 14 horas, salarios miserables y aleatorios, alojamiento forzado en dormitorios subterráneos, etcétera). Esto ha representado, durante los decenios neoliberales, la base de la rentabilidad máxima de la economía mundial. Pero las resistencias comienzan a

organizarse y, si bien la producción puede migrar todavía hacia regiones más favorables como Vietnam, la ineluctable desruralización del mundo tiende a restringir las ventajas de los detentores del capital. En total, varios factores convergen para sugerir que la producción capitalista se hará cada vez menos rentable. Quedan dos opciones para contener esta tendencia. Por un lado, está la huida hacia las ganancias financieras; pero, incluso en la época del “capitalismo invertido”, éstas tienen sus límites, porque la producción de mercancías financieras debe, necesariamente, ser sostenida por la producción real. Por otra parte, está la intensificación de la robotización, que también tiene sus límites, pues acentúa la contradicción entre el crecimiento de la producción y la contracción de la capacidad de consumo. Y no olvidemos que, por sí mismo, el crecimiento de la producción acentúa la devastación ecológica y pone en riesgo las condiciones de reproducción de la vida sobre la Tierra.

Los diferentes factores mencionados se refuerzan mutuamente y es su combinación la que permite hablar de crisis estructural. Debemos entonces reconocer que si la situación presente es ya dramática, lo que viene será peor aún. Es lo que tratan de hacer entender los zapatistas cuando explican que se acerca una terrible Tormenta. Esta Tormenta es, en primer lugar, el desastre climático y biosférico en curso, pero también es el entrelazamiento de los múltiples aspectos de la crisis estructural del mundo de la Economía. Si lo que viene debe ser más terrible de lo que se conoce hoy en día, conviene prepararse, tanto para sobrevivir en medio de esta situación como para luchar contra esta espiral de destrucción. Es probable que algunos tilden este análisis de catastrofista, de ser exagerado y focalizarse en un futuro hipotético en detrimento de la acción presente. Sin embargo, es difícil establecer si lo que hemos dicho en el capítulo precedente es demasiado alarmista o demasiado prudente. Sobre todo, no hay ninguna razón para contraponer la atención por el presente y la preocupación por el futuro. Al contrario, la anticipación de lo que viene es necesaria para agudizar la crítica de lo que ya es.

*

¿Se trata de una crisis terminal como sostiene, por ejemplo, Immanuel Wallerstein? Para él, los factores que aseguraban la estabilidad relativa del

sistema-mundo capitalista se agotan inexorablemente, de manera que está condenado a desaparecer en un plazo que puede ubicarse entre 2030 y 2050; y lo único que queda incierto es la naturaleza, mejor o peor, del sistema que lo reemplazará. Más en boga está la tesis de la autodenominada “colapsología”, según la cual el derrumbe de la civilización termo-industrial es, no solamente ineluctable, sino que ya está en curso. Sin embargo, el determinismo unívoco de estas diversas aproximaciones puede suscitar cierta desconfianza. La profecía de un derrumbamiento del capitalismo, bajo el peso de sus propias contradicciones, fue contradicha más de una vez. Conviene también desconfiar del argumento, aparentemente contundente pero demasiado simple, según el cual un crecimiento infinito en un mundo finito es imposible y se topa fatalmente con límites infranqueables. No hay que soslayar la capacidad del capitalismo para inventar nuevos campos, antes inimaginables, donde desplegar su exigencia de valorización. Además, en su voluntad de hacer ver el derrumbe como un hecho comprobado e incontestable, la colapsología centra su atención en algunos hechos fácticos que pretenden dar a su discurso un carácter de evidencia, tales como el agotamiento de las energías fósiles o el derrumbe de la biodiversidad; pero minimiza las incertidumbres relativas al petróleo (en particular, por la explotación de yacimientos no convencionales) y desconoce por completo las dinámicas profundas del capitalismo. El riesgo es el de una despolitización del análisis, porque si el derrumbe del sistema actual fuera un hecho consumado, luchar contra él deja de verse como algo necesario. Además, la colapsología reduce todos los guiones a uno sólo, cuando, por el contrario, es muy importante pluralizarlos. En particular, sería pertinente distinguir dos “derrumbes” muy distintos: el de la vida en la Tierra y el del productivismo compulsivo del capitalismo. El punto clave es saber cuál de los dos ocurrirá primero y según qué cronología relativa. Y todo el sentido de la lucha presente consiste en hacer que prevalezca uno de estos guiones.

Estructural más que terminal, la crisis actual no lleva, mecánicamente, a un derrumbe inmediato o inminente. Ciertamente, se produce una acumulación creciente de dificultades para los seres humanos y para los seres vivos en general, pero también para el capitalismo. Sin embargo, la posibilidad de que éste logre superar los obstáculos permanece abierta, aún si es al precio de nuevas

dificultades más grandes todavía y, especialmente, el de una destrucción mayor del medioambiente y de sufrimientos acrecentados para millones de personas. No está para nada excluido que la sociedad de la mercancía continúe durante un tiempo reproduciéndose y manteniendo su dinámica de acumulación, lo que implicaría también profundizar una situación de crisis generalizada, ecológica y humana.

Ciertamente, la tesis de la muerte anunciada del capitalismo se torna en obviedad si se limita a afirmar que terminará *algún día*. La única lección que la historia nos enseña es ésta: ninguna sociedad, ningún sistema histórico es, por definición, eterno. Pero el capitalismo tiene de particular que su tendencia destructiva es tal que, cuanto más prolonga su propia vida, más socava las condiciones mínimas de la vida sobre la Tierra. La cuestión es, entonces, saber si la humanidad logrará deshacerse del capitalismo antes de que él se deshaga de ella. Solamente en éste último guión podría el capitalismo dar pruebas de una dinámica de total autodestrucción.

Todos los otros guiones son ambivalentes. Por un lado, no hace más que crecer el sometimiento a las necesidades de la mercancía, mediante la reorganización de los territorios, el control de las conductas y la estandarización de las subjetividades, mientras que la profundización de la crisis refuerza el encierro en las dificultades y las urgencias de la supervivencia. Por el otro, se desvanece la estabilidad estructural de los períodos anteriores, dando lugar a situaciones caóticas, en las cuales ínfimos desplazamientos pueden provocar movimientos masivos y profundos. De ahora en adelante, toda estabilidad aparente no es más que la máscara de una inestabilidad creciente. Si la dinámica del capitalismo en tiempos de crisis estructural amplía la gama de las formas de sumisión, también acrecienta la posibilidad de explosiones sociales en contra de la destrucción del mundo y unas condiciones de vida cada vez más intolerables.

Los factores de crisis que, durante el último decenio, han dado origen a numerosos movimientos populares, desde las Primaveras Árabes hasta los Chalecos Amarillos, están destinados a intensificarse. Es la Tormenta que viene. La historia no está escrita de antemano. Sin embargo, en una fase de inestabilidad caótica, la probabilidad de alcanzar repentinamente ciertos puntos de inflexión no puede sino seguir aumentando (pero lo único que puede preverse es su carácter

imprevisible). Frente a lo intolerable de la destrucción y la indignidad de la supervivencia, continuamente acentuadas por el mundo de la Economía, los levantamientos éticos para impulsar la posibilidad de una vida digna se irán multiplicando, bajo formas tanto capilares como explosivas. Conviene prepararse para ello y afilar colectivamente las armas de la razón y de la percepción para que estas dinámicas de rebelión puedan desarrollar todo su potencial, eviten dejarse desviar por señuelos y encuentren cómo inventar caminos realmente emancipadores.

“¡Bloqueemos todo!”⁶

El modo de actuar inicial de los Chalecos Amarillos consistió en bloquear ejes carreteros, centros de gran distribución y, en algunos casos, puertos y depósitos petroleros. Esta opción pareció confirmar las tesis que consideran que ahora el poder se ubica en las infraestructuras, de tal modo que enfrentarlo implica, de manera prioritaria, el bloqueo de los flujos por los que la sociedad de la mercancía vive y se reproduce.

La ocupación de las rotondas ha sido incontestablemente una de las fuerzas principales del movimiento. Le confirió su visibilidad y su singularidad simbólica. Sobre todo, le ha permitido anclarse en lugares donde muchos Chalecos Amarillos han podido (re)descubrir una experiencia de la comunidad. Sin embargo, aún antes de que las fuerzas del orden desalojen las rotondas, el bloqueo resultó insuficiente. El carácter periférico de esos lugares que, aún ocupados, seguían siendo no-lugares, ha constituido un límite. Quizás haya sido una ventaja para los Chalecos Amarillos de Commercy haber tenido que evacuar su rotonda y levantar su cabaña en el centro de la ciudad.

El bloqueo implica una doble dimensión. Paraliza el funcionamiento de la economía, pero también permite suspender el curso ordinario de la vida. Interrumpe el hilo del tiempo, marcado por los ritmos del trabajo y el consumo. Se puede entonces comenzar a apropiarse tanto del tiempo como de los lugares ocupados y sustraídos a su uso habitual. Este doble control colectivo sobre el espacio y el tiempo permite experimentar nuevas maneras de relacionarse con los demás y redescubrir el arte de hacer juntos.

Hacer que el bloqueo se extienda y perdure es crucial, si uno espera paralizar la actividad del mundo de la Economía. Para eso, hay que lograr estancar

⁶ Esta consigna se ha leído (entre otros lugares) sobre más de un chaleco amarillo.

efectivamente los flujos, particularmente de las mercancías. En ese sentido, nada mejor que la huelga de camioneros o la interrupción de la distribución de carburantes, ya sea por el bloqueo del transporte, o por la huelga de las refinerías o las terminales petroleras. La huelga, como bloqueo de la producción misma, ha sido el arma por excelencia del movimiento obrero desde el siglo XIX. Sin embargo, hay alguna razón para pensar que ya no puede tener más la centralidad que tuvo históricamente. Las transformaciones del capitalismo son tales que los antagonismos fundamentales ahora han dejado de ubicarse solamente en la esfera productiva. En este aspecto, y aún si algunos no dejaron de lamentarlo, es significativo que el movimiento de los Chalecos Amarillos –el más virulento de todos los que han surgido en Francia desde hace un cuarto de siglo– haya podido alcanzar tal potencia sin implicar directamente los lugares de trabajo de la gente movilizada.

Es fácil criticar ciertas prácticas tales como la jornada de huelga ritualizada y bien controlada por las centrales sindicales, o aún más, el llamado no menos ritual a una huelga general, cada vez más lejana, y que desvía de otros modos de acción posibles. Sin embargo, no hay que descartar la huelga, allí donde puede desbordar su gestión burocratizada y resultar altamente eficaz. No habría que suponer una incompatibilidad completa entre las modalidades de lucha de larga tradición y otras ligadas a la reconfiguración de la dominación capitalista. Concentrar nuestra mirada sobre una de las esferas de esta dominación, negando la importancia de las otras, tampoco es necesario y podría restringir nuestra capacidad de acción. En otros términos, si la consigna “¡bloqueemos todo!” parece particularmente pertinente, no hay ninguna razón de no asumirla en *todas sus dimensiones*. De esta manera, pueden juntarse el bloqueo en la esfera de la circulación, la huelga en la producción (así como en la esfera del voluntariado), el boicot del consumo, la oposición a los grandes proyectos inútiles, sin excluir otras modalidades más, como la suspensión de la reproducción social (por ejemplo, con las huelgas de la juventud por el clima). Además, lo que hace que el bloqueo resulte sumamente pertinente en el momento actual es que permite interrumpir, de manera muy concreta, la espiral productivista que genera el caos climático y la destrucción ecológica.

Por otro lado, no existe una delimitación nítida entre el bloqueo entendido en todas sus formas y la dinámica que puede llevar a la destitución de los poderes instituidos, que también son parte del mundo de la Economía. El levantamiento de los Chalecos Amarillos lo ha mostrado claramente al combinar la ocupación de las rotondas y las movilizaciones de los sábados, las cuales apuntaban sobre todo a los barrios ricos y los lugares de poder. Si bien la exigencia de la renuncia de Macron parecía inicialmente fuera de la realidad, el *tsunami* amarillo de diciembre la transformó en creíble, a tal grado que se estuvo al borde de una situación en la cual el Poder podía perder el control de la situación. Lo que se ha obtenido en la Argentina o en el Ecuador en los 2000 y, un decenio más tarde, en Túnez y Egipto ha dejado de parecer imposible en Francia. Es una *lección* que no debería de olvidarse.

*

Detrás del debate entre huelga y bloqueo se oculta una cuestión que no se puede eludir. Se trata de saber cuáles son los antagonismos fundamentales que estructuran el sistema capitalista. En la tradición del movimiento obrero, la respuesta es muy clara. Se trata del antagonismo Capital/Trabajo, tal como se manifiesta en la explotación de la fuerza de trabajo y la resistencia frente a ella. Esto implica que el sujeto histórico llamado a enfrentar al capitalismo es la clase definida por el trabajo, se la denomine proletariado o clase obrera. Admitiremos aquí que las luchas llevadas a cabo exclusivamente sobre esta base llegaron a su punto de agotamiento, lo que de ninguna manera implica despreciar o minimizar todas las movilizaciones que se arraigan en el mundo del trabajo.

En realidad, la formulación estrictamente clasista de la lucha contra el capitalismo implicaba desde un principio una mirada demasiado estrecha: ocultaba formas de dominación que, sin embargo, resultan esenciales para la afirmación del capitalismo. Se olvidaba la dominación de género, al invisibilizar las tareas de reproducción asignadas a las mujeres y las jerarquías patriarcales refuncionalizadas en el seno de la civilización mercantil. Se olvidaba también la dominación colonial, al cerrar los ojos frente a los despojos masivos y la inferiorización sufrida por los pueblos no europeos. Y, finalmente, poco caso hacía de la explotación de la naturaleza, legitimada por la adhesión al culto del Progreso.

Hoy día, esta lectura aparece más restrictiva e insuficiente todavía, porque continúa minimizando luchas que se han vuelto omnipresentes: las de las mujeres, las que enfrentan todas las formas de colonialidad, las de los pueblos indígenas que defienden sus territorios contra los grandes proyectos destructivos, las que promueven otras relaciones con los seres vivos no humanos.

Es evidente que el capitalismo no se reproduce sólo explotando la fuerza de trabajo. Además de sacar parte de sus ganancias de la explotación de los recursos naturales, tiene necesidad directa de consumidores voraces y de ciudadanos dóciles. Eso supone la ocupación generalizada del tiempo, tanto el tiempo de trabajo como el que se denomina “tiempo libre”. De hecho, los entretenimientos son un sector esencial del consumo y las formas de sociabilidad inducidas por las nuevas tecnologías representan uno de los soportes mayores de la invasión publicitaria (y también de la manipulación de la opinión pública). Actualmente la dominación capitalista no se ejerce solamente sobre la persona en tanto trabajador, sino que afecta al ser humano en su subjetividad misma, en sus deseos y en su existencia entera. La valorización del capital se transformó en un fenómeno total. En lugar de darse principalmente en la esfera de la producción, abarca cada vez más todos los aspectos de la vida, a medida que se extiende la mercantilización del mundo.

Esta es la razón por la cual ya no parece adecuado combatir el mundo de la Economía solamente con las huelgas. A imagen de una dominación de más amplio espectro, debe de enfrentarse mediante formas múltiples de *bloqueo*, en todos los ámbitos. La consigna “*¡bloqueemos todo!*” encuentra, entonces, su justificación en el análisis de la dinámica de la dominación capitalista y su extensión al conjunto de las dimensiones de la vida. Al mismo tiempo, proclamar el fin del trabajo y de las luchas que se relacionan con éste parece implicar una perspectiva demasiado centrada en el mundo occidental. Si bien es cierto que el capitalismo expulsa millones de personas fuera del sistema productivo y que el empleo industrial tiende a desaparecer en Europa y en los Estados Unidos, es porque se desplaza hacia otras regiones del mundo. De hecho, aún cuando el trabajo informal se desarrolla más, el número global de asalariados no ha cesado de aumentar. La fuerza de trabajo directamente integrada al mercado mundial se ha duplicado

durante los últimos decenios, especialmente cuando el ex bloque soviético y China se han unido a él.

Si la valorización del capital no descansa solamente en la explotación del trabajo y compromete múltiples dimensiones de la vida, podemos deducir que el conjunto de todos los que son afectados no deja de dilatarse. El antagonismo que se ubica en el corazón de la sociedad de la mercancía puede ser reformulado de la siguiente manera: por un lado está el imperativo de valorizar el capital, el productivismo compulsivo y las formas de gubernamentalidad que contribuyen a configurar el mundo de la Economía; por otro lado están todos los seres humanos cuyas existencias resultan afectadas por estas exigencias. Todos los asalariados sometidos a las normas cada vez más implacables, pero siempre insaciables, de la maximización. Todos los desocupados y excluidos condenados a la inexistencia social. Todas las mujeres expuestas a la violencia de género, a la mercantilización de sus cuerpos, a los estereotipos machistas y los fantasmas de omnipotencia alentados por el dinero. Todos los pueblos indígenas (o no) despojados de sus territorios y sus modos de vida por el avance del frente de mercantilización. Todos los migrantes que tienen que lidiar, a la vez, con la devastación post-colonial de sus países de origen y con la discriminación que, en las metrópolis, permite abaratar el costo de la mano de obra. Todos los consumidores que, después de satisfacer con alegría su pulsión consumista, descubren las falsas promesas de la mercancía y quedan atorados en las trampas del endeudamiento. Todos los ciudadanos desposeídos de las ilusiones de la soberanía. Todos los seres que sufren vidas degradadas y empobrecidas, sin comunidad y a menudo sin el menor sentido. Y en fin, tendencialmente, todos los humanos y no humanos confrontados al carácter patógeno y ecocida del productivismo capitalista, del cual se desprende la destrucción acelerada de todo lo vivo.

Todas estas maneras de ser afectados por el imperativo de la valorización del capital son parte de un proceso de *desposesión generalizada*. Dicha noción permite una mirada englobante, pero no por eso unificante. No se trata de encajonar formas de experiencia y sufrimientos múltiples en una única realidad. Sin embargo, esta multiplicidad tiene un mismo origen, de manera que las diversas luchas que la expresan no deberían quedar separadas. Por poco que respeten sus

particularidades respectivas, podrían apoyarse y crecer juntas, para combatir mejor las diversas facetas de la desposesión generalizada que engendra la sociedad de la mercancía: desposesión del control del proceso productivo; desposesión de los territorios que se habitan; desposesión de la potencia colectiva de organizarse y decidir; desposesión de su propio tiempo; desposesión de la posibilidad de vivir como mujer sin ser agredida o asesinada, etcétera. Por todas partes el sentimiento de estar desposeído de la propia existencia se hace más fuerte y más insoportable.

Por ello, ya no se puede sostener que el proletariado, en tanto que clase definida por el trabajo, sea el único sujeto de la lucha contra el capitalismo y por la emancipación. Ciertamente, una manera de conservar alguna pertinencia a la noción de proletariado consistiría en agrandar su perímetro, tomando en cuenta todas las dimensiones de la *desposesión generalizada*. El proletariado sería entonces el conjunto de aquéllas y aquéllos que han perdido todo dominio sobre sus propias vidas. Desde este punto de vista, es Macron mismo quien ha dado la mejor definición del proletariado, en su sentido más amplio: no aquéllos que no tienen nada, sino aquéllos que “no *son* nada”. Todos aquellos quienes, al no ser “alguien” en el mundo de la Economía, no cuentan, y llevan una existencia insignificante, es decir, para los de arriba, despreciable.

Se podría decirlo de otra manera. Por su expansividad y la desposesión generalizada que genera, el capitalismo tiende a afectar a la humanidad en su conjunto, y también a todos los seres vivos. La perspectiva de una destrucción de las condiciones de vida sobre la Tierra da pertinencia a esta formulación, de tal modo que hay razones para que los zapatistas llamen a una *lucha por la humanidad y contra el capitalismo*. No se trata de proponer una concepción unanimita y despolitizada de “humanidad” ni de resucitar el humanismo clásico, que disociaba el hombre de la naturaleza. Por el contrario, referirse a la humanidad sólo tiene sentido si uno denuncia lo que la amenaza, es decir, pone en evidencia la guerra mortal que le hace el capitalismo. Deshomogeneizada y descentrada, esta humanidad se concibe a partir de los dolores y las rabias de todos los desposeídos: si la dinámica del capitalismo tiende a identificar a los que afecta con la humanidad entera, razonar a partir de la supuesta unidad de la especie humana sería la mejor manera de ocultar el sentido de la lucha a llevar adelante.

*

Tales perspectivas sugieren que las múltiples formas de lucha evocadas aquí no deberían ignorarse o denigrarse mutuamente. Podrían, más bien, sacar provecho de su común oposición a la dinámica de la sociedad de la mercancía, en la cual se combinan productivismo compulsivo, desposesión generalizada y devastación del planeta. No hay razón de oponer la huelga al bloqueo, ni el bloqueo a la huelga. No es para nada pertinente oponer las luchas salariales a las luchas territoriales, o las luchas ecológicas a las luchas sociales.

La centralidad del trabajo y de la clase definida por el trabajo ya no es sostenible. A las razones ya expresadas, le agregaremos una más. La concepción tradicional de la lucha de clases invitaba a defender el Trabajo contra el Capital. Al hacer esto, se encerraba en los marcos de la sociedad de la mercancía. Es por lo que el movimiento obrero no ha logrado una salida del capitalismo y se ha dedicado, en lo esencial, a negociar, para la clase que representaba, un lugar menos desventajoso adentro del mundo de la Economía. De ahora en más, está claro que la verdadera ruptura con la sociedad de la mercancía no implica liberar el trabajo del capital, sino *liberarse del trabajo* mismo. La crítica del productivismo y del consumismo no sería completa sin la del sometimiento al trabajo, entendido como medio, a la vez necesario y cada vez más imposible, de acceder a la existencia social.

Luchar por la clase del trabajo, y en nombre del trabajo, no podía más que perpetuar la existencia misma de esta clase y su sumisión a un productivismo que, por imponerse desde el Estado, no era menos opresivo. Romper con esta perspectiva y plantear la necesidad de liberarse del trabajo (en tanto que concepción específica de la actividad humana, históricamente propia del universo capitalista) resulta entonces indispensable. Pero esto no obliga a darle la espalda al mundo salarial ni a las huelgas, que pueden ser repensadas en su asociación con otros modos de bloqueo y con objetivos, en parte, diferentes. Esto abre la posibilidad de una articulación entre múltiples luchas, como las de los trabajadores asalariados, las de los territorios en resistencia y las de los barrios que sufren la segregación poscolonial, en un movimiento común de crítica del trabajo y de salida del mundo de la Economía.

Poner fin al mundo del fin del mundo supone la insubordinación de todos aquellos que se ven afectados por la desposesión generalizada, inducida por la civilización mercantil. El antagonismo que atraviesa el mundo de la Economía opone, por un lado, la tendencia a profundizar las formas múltiples de desposesión generalizada y, por el otro, todas las luchas y las experiencias que resisten y se enfrentan a ese proceso. Por eso se hacen sentir las primeras sacudidas del levantamiento ético de todas aquellas y aquellos que son desposeídos de la posibilidad de una vida digna. Paralizar el mundo de la Economía con múltiples formas de bloqueo, incluyendo la destitución de los poderes que lo defienden, es una de sus armas privilegiadas, con la condición de que se fortifiquen también la capacidad de hacer por nosotros mismos y de experimentar otras maneras de vivir.

“¡Asambleas populares por todos lados!”**“El poder al pueblo, para el pueblo y por el pueblo⁷”**

Al mismo tiempo que denunció las injusticias fiscales y sociales que sumergen a los más modestos en dificultades insostenibles, el levantamiento de los Chalecos Amarillos hizo emerger una profunda insatisfacción frente a la democracia representativa ya sin aliento. ¿Cómo es posible que en un régimen que dice encarnar el poder del pueblo, éste se sienta a tal punto traicionado por los gobernantes que él mismo ha elegido? Por otra parte, ¿deberíamos asombrarnos de que este sistema ponga los asuntos públicos en manos de una clase política muy ligada a las élites del dinero, que desprecia a “los que no son nada”?

Se expresó el deseo de una democracia que, a menudo, se la llama directa, pero que debería ser, sobre todo, *real*, es decir, fiel a lo que indica su nombre. Esta aspiración se ha manifestado de varias formas, desde la demanda por un Referéndum de Iniciativa Ciudadana (RIC) hasta el llamado a formar asambleas populares. Tratándose del RIC, habrá que establecer en qué medida los medios de comunicación influyeron en la focalización sobre esta reivindicación, sin duda para ocultar otras (como la reinstauración del ISF -el Impuesto sobre las grandes fortunas-, el poder adquisitivo, etcétera). Por otro lado, se ha recordado a menudo de qué manera los resultados de los referéndums contrarios a las políticas dominantes fueron borrados con el revés de la mano, como ocurrió en Francia en 2005, o en Grecia en 2015. Pero la cuestión principal sería saber si el Referéndum de Iniciativa Ciudadana responde verdaderamente a la aspiración de devolver el poder al pueblo. Podemos temer, en efecto, que agregar una dosis de democracia participativa a un sistema representativo basado en la misma ruptura entre las élites dirigentes y sus electores, sería muy insuficiente. Además, en tanto que el

7 Primer llamado de los Chalecos Amarillos de Commercy (30 de noviembre de 2018).

verdadero poder pertenezca a las fuerzas dominantes de la economía, la esfera política estaría condenada a ser el teatro de sombras de una desposesión de la potencia colectiva.

Materializar efectivamente las aspiraciones a una democracia real implica esbozar los principios de una política muy otra. Una política que ya no tolere más que las decisiones vengan de arriba, aún cuando se pretendieran discutirlos en debates falsos (es por lo que más de un chaleco amarillo dijo que una vez obtenida la destitución de Macron, no habría que reemplazarlo por otro). Una política, entonces, que se construya *desde abajo*. Una política que fuera la obra de personas comunes, en los lugares que habitan –pueblos, barrios o comunas–, a partir de la realidad concreta de sus preocupaciones y sobre la base de su capacidad de organizarse colectivamente.

La generalización de las asambleas populares es una de las vías posibles de esta otra política. Junto con el rechazo a los líderes y a todos los representantes autoproclamados, la práctica colectiva de la asamblea contrasta con la fuerte personalización que caracteriza el actual sistema político y mediático. Sobre todo, quiere romper con la lógica misma de la democracia representativa, en tanto que es un sistema que organiza la desposesión de los representados. Sin haber sido creada por ella, tal lógica viene siendo acentuada por la subordinación estructural de los Estados que obliga a los gobernantes y representantes a ceder ante las exigencias de las fuerzas dominantes de la economía. La democracia se reduce, entonces, al derecho de elegir representantes, para legitimar mejor el desplazamiento del pueblo. Dicha democracia no es más que una *a-demia*, una ausencia del pueblo.

Totalmente opuesta a esta lógica, la asamblea popular reanuda tradiciones profundamente ancladas en la historia. Se menciona habitualmente la *polis* ateniense; pero, más allá de que esta asamblea excluía a mujeres, esclavos y extranjeros, habría que terminar con esta trivialidad eurocéntrica según la cual la antigua Grecia habría inventado la democracia. En realidad, la práctica de la asamblea, como lugar de decisión y organización de la vida colectiva, ha existido en muchas sociedades tradicionales, por lo menos ahí donde los poderes estatales no la han anulado. Se la encuentra en todos los continentes, desde Madagascar al

Sudeste asiático, pasando por las regiones indígenas de América, en donde, desde la Patagonia hasta México, sigue presente hasta hoy. En Europa, las comunidades campesinas, con sus asambleas y su organización colectiva, existieron desde la Edad Media y han perdurado a veces hasta comienzos del siglo XX, como en Rusia. Se trata, entonces, de un verdadero patrimonio popular de la humanidad completamente oculto por una visión de la historia que privilegia las instituciones jerárquicas, centralizadas y estatales. Reivindicar las asambleas populares implica reconectarse con este fondo común compartido por muchos pueblos del mundo, no para petrificarlo en un arquetipo idealizado, sino para reinventar permanentemente sus potencialidades.

La asamblea popular que se forma en la lucha, en una cabaña sobre la plaza de la ciudad, en una rotonda o en cualquier otro rincón, es el lugar donde se discuten las acciones a llevar a cabo, las posiciones a asumir, las iniciativas a impulsar. La asamblea es también un espacio de encuentro en el que se teje nuevamente la comunidad de lucha y de vida. El saber de la elaboración colectiva puede así renacer, ciertamente no sin dificultades, pero sin volcarse en los retorcimientos del asambleísmo que debate sin fin y no decide nada. Un salto decisivo se logra cuando la asamblea ya no se limita a la coordinación de la lucha y comienza a asumir tareas de organización de la vida colectiva, ya sea porque cada vez más personas participan en las asambleas que se forman en los pueblos, barrios o comunas, o porque un levantamiento masivo logra bloquear el mundo de la Economía y tiende a destituir a los poderes existentes. En un caso como en el otro, una multitud de asambleas populares pueden empezar a organizar la vida colectiva, constituyéndose en comunas y, quizás, coordinándose en una federación de comunas libres.

*

Tales experiencias existieron y abren relámpagos de esperanza en el cielo de la historia. Este fue especialmente el caso de la Comuna de París en 1871. Hoy en día, una inspiración comparable se está desarrollando en varias regiones del mundo, en particular en Kurdistán y en Chiapas. A este ejemplo me referiré aquí.

En un territorio que globalmente tiene la extensión de un país como Bélgica, los zapatistas están construyendo, desde hace veinticinco años, lo que llaman autonomía. Esta experiencia se enraíza en la organización comunitaria de los pueblos mayas. Estos se reagruparon, desde 1994, para formar una treintena de municipios autónomos. A su vez, los municipios se coordinan regionalmente a través de cinco juntas de buen gobierno, creadas en el 2003 (en agosto de 2019, los zapatistas anunciaron la formación de cuatro nuevos municipios autónomos y siete juntas de buen gobierno más). De esta manera, formaron sus propias instancias de autogobierno, sin ninguna intención de separarse de México, pero al margen de las instituciones estatales. No reciben ningún financiamiento del gobierno y, al contrario, deben resistir a los ataques de toda suerte que éste no cesa de lanzar contra ellos. A pesar de este contexto difícil, lograron crear su propio sistema de justicia, de salud y de educación, apoyándose en decenas de miles de hectáreas de tierra tomadas a los grandes propietarios durante el levantamiento de 1994 y que constituyen la base material de su autonomía.

“Aquí el pueblo manda y el gobierno obedece”, afirman modestos letreros colocados en la entrada de los territorios zapatistas. ¿Cómo puede ser posible algo tan contrario a la experiencia de las llamadas democracias representativas? De cierta manera, el pueblo tuvo que hacerse gobierno, de tal suerte que no haya más disociación entre gobierno y pueblo. Para lograrlo, es necesario que prevalezca una lógica de des-especialización de las tareas políticas, revertiendo la tendencia a concentrarlas en pocas manos. Implica que estas tareas sean lo más rotativas posible, para que todos y todas puedan integrar, por turno, las instancias autónomas. Como consecuencia de ello, para ser elegido no es necesario pretender saber más que otros; y, de hecho, los que han sido elegidos confiesan no saber cómo hacerlo. Pero ese *no-saber* es considerado como una ventaja, porque hace que los miembros de los consejos municipales o las juntas de buen gobierno, en lugar de pretender decidirlo todo por sí mismos, estén propensos a escuchar y aprender de todos y todas, así como a reconocer sus propios errores. Confiar las tareas de gobierno a aquellas y aquellos que no tienen ninguna capacidad particular para ejercerlas es una de las primeras condiciones para una democracia verdadera.

La forma de tomar decisiones, en interacción permanente con las asambleas, es igualmente decisiva. Por ejemplo, la Junta de Buen Gobierno debe someter los principales proyectos a la asamblea regional. Si no se logra ningún acuerdo, los delegados de las comunidades tienen que volver a consultar sus respectivos pueblos, a fin de informar a la asamblea siguiente, ya sea el acuerdo, ya sea el rechazo, o ya sea una enmienda. Si los hubiere, éstos tienen que discutirse para elaborar una proposición rectificadora que, de ser necesario, puede ser nuevamente sometida a consulta en las comunidades. Varias idas y vueltas entre Junta, asamblea regional y pueblos son a veces necesarias antes de que la proposición sea (o no) adoptada. Se podrá decir que tal mecanismo es muy lento y sí, lo es; pero los zapatistas explican, por haberlo experimentado, que un proyecto que no ha sido analizado y discutido por todas y todos está destinado al fracaso.

Sin embargo, en esta organización no todo es horizontal, ya que las instancias elegidas tienen también un papel. Pero el punto crucial consiste en evitar que aparezca una disociación entre quienes integran esas instancias y aquellas y aquellos que los han elegido, tal como es el caso de las democracias representativas. De hecho, éstas se basan en formas de delegación intrínsecamente *disociativas*. A la inversa, las formas de delegación que se observan en la experiencia zapatista son tan poco disociativas como sea posible. Para que se logre esto, son decisivas la des-especialización y la lógica del no-saber, la débil concentración de la capacidad de decisión y la revocación de mandatos. Pero no es menos importante evitar la separación entre el universo común, compartido por toda la comunidad, y el modo de vida de quienes asumen responsabilidades particulares, aunque sea de manera muy controlada y durante un tiempo corto. Por eso, al considerar que las Juntas de Buen Gobierno se ubican en centros regionales que pueden resultar muy alejados de las comunidades en donde viven sus integrantes, han decidido que sus mandatos de tres años se cumplan mediante la rotación de distintos equipos, por períodos de 10 o 15 días. De esta manera, cada miembro de la Junta, hombre o mujer, no tiene que cortar por completo con sus actividades habituales y puede seguir ocupándose de su familia y de sus tierras. Sin embargo, el riesgo de disociación nunca desaparece por completo, de tal manera que una experiencia de autogobierno popular no vale sino para los mecanismos que ella inventa para luchar contra ese peligro, en un esfuerzo que nunca termina

para preservar las formas no dissociativas de delegación y ampliar la diseminación de las tareas colectivas.

*

“Podemos gobernarnos por nosotros mismos”. Dicha *lección* política condensa, para los y las zapatistas, el sentido de la autonomía. Implica una denuncia de la nefasta inutilidad de todos los “expertos” autoproclamados de la política. Sobre todo, esta capacidad colectiva de autogobernarse es lo que puede hacer efectiva la destitución de los poderes de arriba. Prevalece entonces otra concepción de la política, que se aleja de los fundamentos del Estado moderno. Para Hegel, por ejemplo, es propio del pueblo no estar en condiciones de gobernarse a sí mismo, porque es tan ignorante que “no sabe lo que quiere”. Y es precisamente porque existe tal dicotomía entre el pueblo infantilizado y una élite de funcionarios ilustrados que debe de prevalecer el principio de la representación. Si el Estado moderno afirma la soberanía del pueblo, es para desposeerlo mejor de su ejercicio efectivo, y la representación es lo que permite consolidar la separación entre gobernantes y gobernados.

Oponiéndose a esta lógica, una democracia real implica el verdadero poder del pueblo, que no se define por el derecho de elegir a los que finalmente lo despojan, sino por el ejercicio mismo de este poder. Entonces, éste deja de ser un *poder sobre* (una coacción que unos ejercen sobre otros), y se transforma en un *poder hacer*, expresión de la potencia colectiva de decidir y de hacer. Autogobernarse, es decir, movilizar esta potencia a partir de las capacidades compartidas por todas y todos, tiende a la disolución de todo *poder sobre*.

Sin embargo, no hubiéramos avanzado nada si “governarnos por nosotros mismos” consistiera en reproducir lo que otros hacían antes en lugar nuestro. Nada tendría de emancipador un autogobierno si continuara activando los mecanismos del mundo de la Economía y sosteniendo el productivismo compulsivo que nos lleva a la catástrofe. Más bien, desde que prevalece efectivamente la lógica de la autonomía, anclada en la realidad concreta de los territorios habitados, las tareas del gobierno cambian de naturaleza. Recuperan una escala y una simplicidad totalmente ajenas a las arcanas de la burocracia y a los dispositivos de la

gubernamentalidad del mundo de la Economía. En la experiencia zapatista, el autogobierno es una práctica humilde y mínima, que no es sino la expresión de la capacidad de la gente para organizarse por sí misma, haciendo florecer las formas de vida que son suyas. La autonomía implica indisolublemente la creación de instancias de autogobierno y la afirmación de maneras de vivir que se sienten como propias. El autogobierno no tendría sentido sin la autodeterminación colectiva de las formas de vida.

Existen dos concepciones totalmente opuestas de la política. La política que piensa desde arriba separa la élite, quienes lo saben todo, de una población reputada de incapaz. Si esto sucede así es porque la maquinaria del Estado debe contribuir a la generalización de maneras de vivir que son determinadas por el mundo de la Economía. Por el contrario, la política de abajo parte de las comunidades de vida y se ancla en realidades específicas; tiene como fundamento la capacidad colectiva de autogobernarse para vivificar formas de vida propias. De esta manera, la reivindicación del poder del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, puede adquirir su pleno sentido emancipador. No basta con el poder ejercido *en nombre* del pueblo, como en los sistemas representativos, ni solamente *por él* o *para él*. La conjunción de estas dos últimas dimensiones es indispensable: la potencia colectiva de decidir o de hacer debe ser compartida *por* todas y todos, *para* que se expandan las maneras de vivir que sienten como propias.

Finalmente, importa precisar que la lógica de la autonomía no está para nada condenada a encerrarse en una escala estrictamente local. La política de abajo se construye a partir de los territorios particulares y de los colectivos de vida. Es necesariamente *localizada*. Privilegia la escala local y ahí vuelve siempre. Pero su principio puede extenderse *por todas partes*, bajo formas específicas y diversificadas. Las comunas pueden coordinarse o federarse a nivel regional, pero también en todas las escalas que se crean convenientes. Mientras más comunas libres haya, más ganan en fuerza y más amplían su coordinación, más vacías de sustancia serán las instituciones políticas de arriba, pretendidamente democráticas pero que únicamente organizan la desposesión del pueblo. Y eso, hasta que se logre transformarlas en totalmente inútiles.

Los espacios liberados para salir del mundo de la Economía

La afirmación de las asambleas populares y de las prácticas de autogobierno sólo tienen sentido en la medida en que permitan defender maneras de vivir que escapen a las normas del mundo de la Economía. Además, deshacerse de la tiranía económica es la única opción razonable para interrumpir la carrera loca que nos arrastra hacia la destrucción. Pero ¿qué significaría realmente terminar con el capitalismo? El encierro mental en los límites del mundo tal como está es una de las principales armas de la dominación y se hace necesario, para romperlo, atreverse a pensar la amplia gama de posibilidades que abriría el fin de la sociedad de la mercancía. Esta perspectiva no debe de proyectarse en un futuro lejano e hipotético, se trata de un proceso que comienza ahora, mediante la multiplicación de los espacios liberados.

*

Todo lo que permita romper las cadenas del mundo de la Economía, construir sobre otras bases y hacer emerger otras maneras de vivir, puede ser calificado de espacio liberado, en medio de la dominación sistémica capitalista. Por supuesto, tales espacios no son enteramente libres, porque no escapan a la presión de la síntesis capitalista y no se afirman sin enfrentar grandes obstáculos. Estos espacios no son puros ni enteramente liberados. Es suficiente que estén *en proceso de serlo* y comiencen a dar consistencia a otras maneras de hacer y de vivir, aunque sea con serias limitaciones.

Los espacios liberados pueden desarrollarse en todas las escalas que las relaciones de fuerza permitan hacerlos emerger, sin despreciar los más ínfimos. Se tiene que valorar todo lo que puede hacerse, incluso de manera individual, para *descapitalizarnos*, es decir, para desprendernos de los hábitos consumistas y de la sumisión al trabajo, para evitar las actitudes egocéntricas y competitivas, en definitiva, para deshacer siglos de la subjetivación propia de la modernidad

mercantil. Estas transformaciones interiores son tan importantes que de ellas depende la capacidad para construir colectivamente; y, sin embargo, por necesarias que sean, resultan insuficientes.

Aunque se trate de un simple local, en el que los habitantes del barrio se encuentran para compartir sus dificultades, o de un proyecto más amplio, los espacios liberados permiten experimentar las virtudes de la ayuda mutua y desplegar la capacidad colectiva de hacer, sin esperar que las soluciones vengan de instituciones existentes. Al ampliarse, pueden lograr la organización parcialmente autónoma de la vida colectiva, incluyendo, por ejemplo, lo relacionado con el agua y la energía eléctrica, la vivienda y la educación, como en varios barrios populares de las ciudades de México, Bolivia, Brasil y otros países. Las experiencias en el medio rural, basadas en la autoproducción agrícola y la invención de formas de vida colectiva, no faltan, por ejemplo, en Francia, en España o en Italia, de Longo Mai a Mondeggi, entre otros. Con las ZAD (Zona A Defender), comenzando por la de Notre-Dame-des-Landes, la resistencia a los mega-proyectos inútiles permite inventar otras maneras de habitar los territorios sustraídos al avance del frente de mercantilización. En fin, allí donde la fuerza colectiva permite ir más lejos, la organización autónoma puede alcanzar una escala regional, como en Kurdistán o en Chiapas. Cualquiera que fueren las escalas comprometidas, se trata de dar una consistencia deseable a esos mundos que escapan tanto como sea posible al dominio del mundo de la Economía.

Es poco conveniente concebir esos espacios liberados como islas protegidas, en donde se puede vivir sin preocuparse por el desastre que los rodea. Para que no tengan como destino la derrota o la insignificancia, debe asumirse la dimensión antagónica de los espacios liberados, espacios de combate, tanto como de construcción. De hecho, deben defenderse contra los ataques de los que son objeto y luchar para no ser reabsorbidos por la síntesis capitalista. Y si la multiplicación de los espacios liberados parece, de ahora en más, decisiva, hay que reconocer que no podrán continuar creciendo y ligándose entre ellos sin reforzar, por todos los medios posibles, su combate común contra la hidra capitalista.

Los espacios liberados también son importantes en la medida en que nos permiten recuperar y experimentar, de manera autónoma, numerosos saberes y

técnicas. Aprender o re-aprender a cultivar la tierra y a producir alimentos sanos y respetuosos del medioambiente, tanto en la ciudad como en el campo, es la primera base del caminar autónomo. Muchos otros saberes pueden florecer en los espacios liberados, desde la carpintería hasta la informática, desde la fabricación de calzados hasta la experimentación de impresoras 3D, desde la observación de ámbitos naturales y humanos hasta la creatividad de los laboratorios de bio-hacking. Todas estas técnicas, y muchas otras, son indispensables para que los espacios autónomos puedan ganar en fuerza y densidad. Además, una dinámica de bloqueo que lograra paralizar partes significativas del mundo de la Economía, no podría perdurar mucho tiempo y extenderse sin desplegar sus propias capacidades técnicas y producir lo indispensable para la vida de todos y todas. Esto supone haber adquirido previamente saberes y capacidades técnicas suficientes, en particular para distinguir, entre todos los dispositivos del mundo de la Economía, cuáles deben de desecharse y cuáles pueden ser rescatados.

*

Al llegar en este punto, importa establecer lo que significaría el fin del mundo de la Economía. En efecto, no tendría sentido llamarse anticapitalista si no pudiéramos darle cuerpo a un imaginario post-capitalista. Tal imaginario alternativo apunta hacia lo que todavía no es, y constituye también una poderosa herramienta que debe de movilizarse *en el presente*. Contribuye a liberarnos del encierro en la dominación presente y, por lo tanto, puede reforzar la dinámica de los espacios liberados.

¿Pero, qué significa romper con el capitalismo? Poner fin a la propiedad privada de los medios de producción y garantizar una más justa repartición de las riquezas producidas resulta claramente insuficiente. Si el capitalismo es la sociedad de la Economía, superarla implica romper la centralidad de la Economía. Se trata de des-economicizar el mundo, para liberar el planeta y sus habitantes de una compulsión productivista mortífera, cuyo resorte fundamental es el imperativo de producción-para-la-ganancia. Se trata de romper con la lógica del valor que subordina la vida colectiva a la exigencia de su valorización y obliga a organizar el mundo en función de ella. Se trata también de poner fin a la centralidad del trabajo, en tanto que modalidad de la actividad humana que llega a

ser, en la sociedad de la mercancía, la forma misma de la existencia socialmente reconocida.

Romper con el capitalismo supone menos una reapropiación de los medios de producción (bastaría, entonces, con hacerlos funcionar bajo otro régimen de propiedad y en beneficio de todos) que el *desmantelamiento* de un sistema productivo-destructivo cuya existencia no tiene más razón de ser que la exigencia de valorización del valor. Se puede evaluar que alrededor de la mitad de las actividades económicas actualmente realizadas bajo el dominio de la compulsión productivista capitalista corresponde a tareas sumamente nocivas y humanamente desprovistas de verdadera importancia. No será fácil eliminar una parte tan considerable del aparato productivo, que incluye, por ejemplo, la totalidad de la esfera publicitaria, la industria armamentista y nuclear, el sector agroindustrial, una parte considerable de la industria química, el comercio internacional de bienes que pueden ser producidos localmente, el sistema bancario y financiero, las burocracias de Estado, etcétera, con un efecto en cascada sobre otras producciones que éstas hacían necesarias y sobre las infraestructuras (edificios, oficinas, producción de energía, carreteras y medios de transporte, entre otros). Tenemos aquí uno de los nudos de la emancipación por venir. Dividiendo por dos el tiempo dedicado a las tareas productivas, se abrirán vías hacia transformaciones subjetivas considerables, tanto como un proceso de des-especialización que es la condición para la dispersión generalizada de las tareas políticas. Sobre todo, dividir en dos las necesidades energéticas del sector productivo y de los transportes representa la única opción para alcanzar una reducción de las emisiones de dióxido de carbono (como de las otras poluciones) que esté a la altura de los desafíos climáticos y ecológicos. Subrayemos la imposibilidad de salvar la biosfera sin eliminar una parte considerable del aparato económico, que sólo por el engranaje delirante del productivismo capitalista ha alcanzado semejante hipertrofia.

Una vez que se haya realizado este indispensable desmantelamiento, es probable que ciertas capacidades productivas y algunas infraestructuras puedan ser objeto de una reapropiación parcial, no sin antes reorientar sus objetivos y transformar radicalmente su funcionamiento. Pero ¿cuáles serían? La cuestión de

saber lo que deberá o no ser producido no podrá ser determinado por la búsqueda de ganancia, ni por el juego del mercado. Relacionar la producción con la satisfacción de las necesidades humanas tampoco es suficiente, porque esta noción implica la falsa evidencia de necesidades “naturales”, cuando las maneras de satisfacer hasta las más elementales de ellas son múltiples y culturalmente determinadas.

Admitamos entonces el principio siguiente: en un mundo liberado del productivismo capitalista, lo que es pertinente para ser producido no es otra cosa que lo que colectivamente viene definido como tal, a través de las decisiones elaboradas y asumidas por las asambleas correspondientes. Ciertamente, la parte de autoproducción familiar, o en el seno de micro-colectivos, no tiene que ser regulada por las asambleas comunales, porque cada quien es libre de emplear su tiempo como le guste. El principio que se acaba de enunciar se refiere solamente a la parte de la producción que requiere de una organización colectiva, a escala de las comunas o, de ser necesario, a escalas más amplias.

Insistamos sobre esto. La actividad productiva no podrá ser determinada sino por las decisiones de los colectivos a los que concierne. Es probable que estas decisiones sean objeto de intensos debates, que podrán ser diferentes según las tradiciones culturales y que evolucionarán con el tiempo. Pero una vez que hayan desaparecido los principales incentivos productivistas del mundo capitalista, podrían prevalecer dos criterios importantes. El primero es la medida del impacto ecológico de cada producción, tomando en cuenta toda la cadena que va desde la extracción de los materiales hasta el tratamiento de los desechos, pasando por el consumo de energía y el uso de las infraestructuras. En base a esto, es probable que se declaren insostenibles numerosas opciones productivas, mientras otras tengan que restringirse fuertemente. El segundo criterio pone en la balanza, por un lado, el beneficio colectivo de cada decisión productiva y, por el otro, las obligaciones a las que somete, especialmente la carga temporal que impone. Este criterio debería ser una fuerte incitación a la moderación productiva. Efectivamente, es de dudar que los colectivos humanos, actuando de manera libre, sacrifiquen a la ligera uno de sus bienes más preciosos: el tiempo de vivir. Poner fin al reino de la Economía no significa otra cosa que, precisamente,

subordinar las actividades productivas a la preservación de formas de vida autodeterminadas.

¿Cuál(es) lógica(s) deberá(n) sustituir a aquella del valor, es decir, a la producción-para-la-ganancia y al trabajo-para-la-sobrevivencia? En lugar de que la vida sea sometida a las exigencias de la producción, es la producción la que sería subordinada al despliegue de las formas de vida. La organización colectiva –con las actividades productivas incorporadas en ella– no tendría otra razón de ser que la de permitir una vida buena para todas y todos. Al contrario de la pura cuantificación del valor, la *buena vida*, denominada también *buen vivir* o *vida digna* por los pueblos indígenas de América, afirma lo cualitativo de la vida humana, que no se mide y sólo puede sentirse. Por otro lado, el buen vivir no tiene sentido más que si es compartido por todas y todos, en la conciencia de las interdependencias que teje la comunidad de los habitantes de la Tierra. Principio muy general pero necesariamente múltiple (porque cada colectivo lo define a su manera), el buen vivir rechaza tajantemente las determinaciones abstractas de la Economía y hace de las elecciones relativas a las formas de vida el corazón sensible de la organización colectiva.

*

¿Cómo podríamos llegar a eso? La salida del mundo de la Economía comienza desde ahora, mediante la multiplicación de los espacios liberados. Esta perspectiva tiene que pensarse en relación con la profundización de la crisis estructural del capitalismo. La Tormenta que viene y la creciente devastación que provocará hacen que la creación de espacios liberados se vuelva cada vez más necesaria y deseable, simplemente para lograr sobrevivir. Cuanto más se acentúe la dinámica de la crisis, más atractivos se harán los espacios liberados, al mismo tiempo que su expansión dificultará la reproducción del mundo de la Economía. El contraste se irá intensificando, hasta engendrar una verdadera guerra de mundos, entre el universo marcado por lógicas cada vez más destructivas y los espacios en donde se inventa la vida buena, con sobriedad material y alegre intensidad, en una nueva relación con el territorio y con los seres vivos no humanos.

Es probable que la acentuación de la crisis estructural del capitalismo y el crecimiento de los espacios liberados se refuercen mutuamente. Este doble proceso podrá dar lugar a episodios de derrumbe parcial de ciertos sectores del sistema social y productivo, abriendo nuevas brechas para una expansión más rápida de los espacios liberados, a menos que grupos mafiosos aprovechen esta situación para imponerse mediante el recurso al terror y la hiper-violencia. En cualquier caso, el crecimiento de espacios autónomos antagónicos al mundo de la Economía implicará momentos de confrontación abierta. Por un lado, es evidente que los dueños del mundo y los que les sirven no renunciarán voluntariamente a sus privilegios, de hecho, se preparan activamente para defenderlos. Por otro lado, cuando los espacios liberados ganen en cantidad y fuerza, estarán más posibilitados para contribuir a la parálisis de la economía.

Multiplicar los espacios liberados, es empezar a construir por nosotr@s mism@s y en nuestro propio terreno, aunque sea de manera balbuceante. Apuntando a una salida del capitalismo, constituyen las bases materiales y subjetivas a partir de las cuales se puede debilitar y atacar al enemigo. En este sentido, la multiplicación de los espacios liberados y la perspectiva de un bloqueo generalizado del mundo de la Economía no son para nada contradictorias. Al contrario, tenemos todo para ganar en su complementariedad.

“No queremos más vivir como antes”

Cuando un Chaleco Amarillo declara que ya no es posible vivir como antes, manifiesta hasta qué punto la movilización colectiva constituye el momento de la verdad. La lucha hace que la experiencia vivida sea más rica y permita descubrir otras maneras de relacionarse con los demás. En este proceso, se devela la mentira de una vida adulterada, que la civilización mercantil logra vendernos habitualmente con el argumento del confort material y la libertad individual. Una vez que el engaño empieza a ser desenmascarado, es difícil volver atrás. Lo que vacila, entonces, son los fundamentos mismos del mundo la Economía, que se alojan en el corazón de las subjetividades y en las rutinas cotidianas.

*

Lo que no se quiere más es, en primer lugar, la atomización individualista que empuja a cada uno a replegarse en su hogar, refugio frente a la miseria del mundo y compensación privada de todos los sacrificios consentidos. Es un modo de vida hecho de tal manera que los vecinos no se hablan entre sí, y donde cada uno desconfía de todos los demás, que son percibidos como potenciales amenazas o molestias indeseables. En el mejor de los casos, las vidas individuales siguen siendo respaldadas por un poco de solidaridad en el seno de la familia o entre amigos. Pero no sabríamos decir cuántas soledades depresivas, a menudo acentuadas por la tendencia a sumergirse en las profundidades de la virtualidad, genera esta forma de existencia. Tampoco sabemos cuántas fallas psíquicas provoca para tantos niños y jóvenes de las metrópolis del mundo, abandonados al vacío que los rodea y privados de apoyo por la indisponibilidad de los adultos, sobreocupados y estresados.

En la época neoliberal la atomización individualista se exagera aún más por la exigencia de competencia que se extiende por todas partes. Competencia: ésta es la palabra-clave del mundo de la Economía, junto con “rendimiento”, que la

acompaña como su sombra. Ciertamente, son las empresas las que deben enfrentar la competencia, en un mercado abierto y mundializado; pero las administraciones públicas también tienen que regirse según el mismo principio competitivo. Además, el reino de la Economía implica un modo de producción de las subjetividades que las incita a la competencia y las forma para ella.

En un universo social en el que es preciso aprender que no hay lugar para todos, en el cual domina el temor de no tener trabajo y la angustia de la exclusión, la *competencia* es la forma misma de la lucha para la sobrevivencia. Un principio se impone: cada uno para sí mismo y todos contra todos. Es necesario entonces mostrarse más eficaz y más adaptable que los otros. Hay que estar animado por la búsqueda del éxito, la cual se aprende desde la escuela y transpira por todos los poros de la civilización mercantil. Hay que preocuparse por ser mejor que todos los demás y apuntar a la excelencia. La vida del Homo Economicus, en su variante neoliberal, oscila entre dos polos extremos: por un lado, la obligación competitiva y el ideal de excelencia; por el otro, la angustia de desaparecer en la nada de la muerte social. Es esta verdad la que Macron tuvo la equivocación de revelar, con su frase tan chocante: en el mundo de la Economía, existen dos categorías de personas, “los que triunfan” y “los que no son nada”.

La lógica competitiva, con su exigencia de rendimientos máximos, tiene también importantes consecuencias en materia de temporalidad. En la economía misma, la exigencia de productividad es una lucha contra el factor tiempo: se trata de maximizar el tiempo disponible, para producir siempre más y más rápido. Pero esta misma lógica se extiende progresivamente a todos los aspectos de la vida. La relación entre cantidad de actividades y unidad de tiempo (que denominaría la norma C/T) no deja de aumentar, produciendo la densificación cuantitativa del tiempo. Siempre hay más cosas que hacer, más mensajes que leer, más informaciones que deglutir; y de todo eso se desprende una creciente presión temporal. Como resultado, las personas están siempre apuradas y la falta de tiempo es su letanía. La tiranía del tiempo medido se exagera y se transforma en una dictadura de la urgencia, que favorece el *zapping* permanente y el déficit de concentración profunda. En el mundo de la Economía, las patologías del tiempo son la otra cara de la compulsión de rendimiento y de maximización cuantitativa.

Las lógicas del mundo de la Economía favorecen la evaluación cuantitativa y mercantil de uno mismo. Uno está invitado a hacer fructificar su capital humano y, al final, cada uno vale lo que vale su cuenta bancaria. Los millonarios miden su poderío por su lugar en la lista Forbes, mientras que en lo más bajo de la escala social se aprende desde temprana edad que uno no es nada si no tiene la marca de zapatillas más famosa. Se trate de las conquistas de la tecno-ciencia prometeica o de los recursos de la propaganda publicitaria, la civilización mercantil deja que se hinche un ideal narcisista de omnipotencia, pero su desmesura lo condena a confrontarse, un día u otro, con la vacuidad de sus ilusiones perdidas. Con toda evidencia, un mundo basado en un puro juego de cantidades –como lo son el valor y su valorización– no puede más que producir vacío en el ser humano. Aquí se encuentra la raíz más profunda del malestar que se manifiesta en tantos sufrimientos íntimos y patologías difusas, hasta su expresión más terrible en las matanzas que jóvenes adolescentes cometen sin otro motivo que el de sentirse, por fin, existir.

*

Lo que es posible desear para sustituir a esta locura que corrompe lo humano, está bastante claro. A la inversa del individualismo competitivo que levanta invisibles paredes entre los seres humanos, lo que se vive en las rotondas, en las luchas y en los espacios liberados puede llamarse solidaridad o fraternidad. Es el placer de compartir, el sentido de la ayuda mutua, la alegría de hacer juntos. En lo opuesto de las subjetividades competitivas, obsesionadas por la evaluación cuantitativa de sí mismo y de los demás, las subjetividades cooperativas redescubren que no hay necesidad de ganarle al otro para afirmar su propia existencia. Al contrario, puede afirmarse plenamente en la medida en que contribuye a la potencia colectiva.

Lo que se vuelve a descubrir, gracias también a la descompresión temporal, es el sentido de *comunidad*; y es así como puede florecer el arte de vivir post-capitalista. No una comunidad basada en el criterio de pertenencia (étnica o religiosa), y por lo tanto, cerrada y excluyente. Una comunidad abierta y sin condiciones de pertenencia, la cual no es más que la experiencia de la existencia compartida, en una relación común con el territorio que se habita. Esta comunidad

no es una entidad que existiría por sí misma y a la cual se pertenecería por el hecho de poseer tal o tal cualidad. Existe porque está hecha y rehecha permanentemente por aquellos y aquellas que saben que de su existencia depende la posibilidad de una buena vida para todos y para ellos mismos. Lo común puede tener cierta base material –todo lo que se tiene por inapropiable–, pero es sobre todo un hacer-común, un común siempre a hacer, en tanto que espacio en donde compartir modos de percibir y maneras de hacer.

Fortificar la dimensión cooperativa de las subjetividades no es nada fácil, porque se topa con hábitos individualistas profundamente incorporados. ¿Qué hacer cuando tantos egos hipertrofiados, seguros de tener la razón, aplastan a los demás sin siquiera darse cuenta? ¿Qué hacer cuando tantas heridas sociales y tantas fallas psíquicas alimentan la búsqueda de reconocimiento imposible de llenar, que mina los esfuerzos de construcción colectiva? Pese a todo, el hacer-común y la cooperación pueden reaprenderse y la ayuda mutua cura las heridas. El arte de escuchar también es decisivo, puesto que permite suspender el punto de vista propio, y abre la posibilidad de dejarse transformar por el otro. El sentido de la proporcionalidad, opuesto a la ilimitación mercantil, no es menos valioso. Permite reconocer nuestros propios límites, saber hasta dónde se extiende lo que nos corresponde y dónde comienza lo que le corresponde a los otros. Según los zapatistas, es la condición de un común que se construye en la heterogeneidad. De hecho, no se pretende aquí alcanzar ningún tipo de comunidad homogénea. El nosotros al que se aspira no es unificado, sino múltiple. Esto supone aprender a hacer juntos *con* nuestras diferencias, lo que hace más necesario todavía el arte de escuchar y el sentido de la proporcionalidad.

*

Hay que avanzar un poco más. El mundo de la Economía se pudo imponer porque también fue un modo de producción de las subjetividades y de las maneras de ser, implicando cierta concepción del hombre y de su relación con el mundo. Salir del mundo de la Economía supone entonces, no solamente transformaciones radicales de la organización material y política de la vida colectiva, sino también una verdadera revolución antropológica. Por lo tanto, deben cuestionarse los fundamentos civilizatorios de la sociedad de la mercancía, dicho de otra manera, de la modernidad.

El individualismo es una de sus bases esenciales. En las concepciones que surgen a partir del siglo XVII, el individuo puede pensarse en sí mismo y a partir de sí mismo. Las filosofías del sujeto afirman que la conciencia no tiene más fundamento que su propia existencia; y el mito del estado de naturaleza postula que el individuo preexiste al vínculo social. Ahora bien, si queremos romper con el individualismo, podríamos apoyarnos en una concepción *relacional* de la persona, que ha existido en muchas sociedades anteriores a la modernidad. En este marco, la persona no es un yo definido en sí mismo, sino un nudo de relaciones con otras personas, pero también con una lengua, con una historia, con una cultura compartida, así como con entidades no humanas. El conjunto de estas relaciones es lo que *constituye* a la persona, lo que hace que pueda existir, a la inversa de la concepción moderna basada en la negación de estas interdependencias.

Se trataría entonces de reencontrar, de una manera inédita y creativa, la concepción relacional de la persona. Entonces dejaría de ser necesario elegir entre el individuo y el colectivo, tal como nos lo hacen creer las concepciones propias de la modernidad (el individuo no puede ser tal más que liberándose de cualquier dependencia colectiva; lo colectivo sólo se puede alcanzar mediante una renuncia a la libertad individual y a la singularidad). En base a una concepción relacional de la persona, tal elección resulta imposible, puesto que el tejido mismo de la individualidad es colectivo. El yo no es solamente un yo; está hecho de múltiples hilos que corren más allá de él. El yo es un nosotros. Por lo tanto, tener cuidado de la dimensión colectiva de la existencia y del medio que la hace posible, no es hacer el sacrificio de sí mismo en nombre de un interés superior; es intrínsecamente tener cuidado de sí mismo. Entonces, se puede encontrar, en un mismo movimiento, más individualidad y más colectividad. Y puede imaginarse la convergencia – aunque no esté desprovista de fricciones– entre capacidad cooperativa, arte de hacer vivir lo colectivo y fortalecimiento de las singularidades individuales.

Otro fundamento de la modernidad es la gran separación que, a partir del siglo XVII, fue establecida entre el hombre y la naturaleza. Antes englobado en un universo pensado como la creación divina, el hombre empieza a verse, en ese momento, como exterior a la naturaleza que Descartes identifica pura y llanamente

con la materia. Disociado de la naturaleza por su excepcionalidad de ser pensante, le es también superior; y esto legitima a la vez su capacidad de conocer la naturaleza reducida al estatus de objeto y su derecho a explotar sus recursos. Romper con los fundamentos de la sociedad de la mercancía supone entonces recusar esta separación entre lo humano y la naturaleza. Las opciones para avanzar en esta vía son diversas. Una de ellas consiste en reintegrar lo humano en lo que ya no debería de llamarse “naturaleza” (porque, de esta manera, está el riesgo de mantener la separación que se trata de superar). El salto decisivo se opera cuando se reconoce la pertenencia de los seres humanos a una entidad más vasta que ellos. Los pueblos amerindios la llaman Madre-Tierra pero, más allá del nombre, lo que importa es poder afirmar: “la tierra no nos pertenece, somos nosotros que pertenecemos a ella”. Entonces el hombre cesa de percibirse como el “dueño y poseedor” del mundo. No ocupa más el centro del universo. El “Hombre” de la modernidad occidental ha terminado. Sin negar la fraternidad particular que puede unirles, los humanos empiezan entonces a sentirse plenamente parte de la comunidad de todos los habitantes, humanos y no humanos, de la Tierra.

*

Si se trata de minar las bases mismas de la civilización moderna-capitalista, no es para sustituirla con una sociedad planetaria fundada sobre otras normas unificadas y homogéneas. Importa hacerse la idea que el mundo post-capitalista será todo menos *uno*, y que no existe solamente *un* camino que lleve a la emancipación. Poner fin al mundo de la abstracción mercantilista es precisamente lo que puede permitir el pleno florecimiento de la verdadera multiplicidad de mundos. Como dicen los zapatistas, se trata de crear “un mundo en donde quepan muchos mundos”. Tal multiplicidad se ancla en el principio mismo de la autonomía, en tanto que es una política que se construye a partir de los territorios singulares y las maneras específicas de vivir. Además, el buen vivir no es un principio unificador. Si bien afirma la preeminencia de lo cualitativo de la vida, no dice nada sobre la manera específica por la cual cada colectivo define lo que es para él una vida buena y digna. El buen vivir es un principio común que abre hacia la multiplicidad de sus formas concretas, en función de la diversidad de los lugares, de las memorias y de las trayectorias colectivas.

Darle su lugar a esta multiplicidad de mundos permite romper con el etnocentrismo que, bajo las apariencias del universalismo, en realidad estrictamente europeo, ha acompañado la expansión de la dominación capitalista, no sin impregnar la mayor parte de los proyectos emancipadores del siglo XX. Al mismo tiempo, estos mundos múltiples no quieren encerrarse en sí mismos. Por el contrario, buscan coordinarse e intercambiar, compartir su responsabilidad común con la biosfera y enriquecerse mutuamente con la diversidad de sus experiencias, por lo que una verdadera capacidad de reconocimiento, de escucha y de traducción interculturales resulta sumamente necesario. Lejos del universalismo de lo *uno*, la comunidad de los humanos, ahora indisociable de los otros habitantes del planeta Tierra, puede empezar a pensarse como una comunidad de diferencias, cuyo común se elabora a través de su heterogeneidad misma. Es en los colores de la multiplicidad, en el relajamiento de los ritmos cotidianos y en la alegre experiencia de un hacer-común como se puede experimentar la construcción de una vida buena, en la trama de las interdependencias entre todos los seres vivos.

Observaciones finales

1. La aceleración del desastre climático y del derrumbe de la biodiversidad está en camino de cambiarlo todo. La urgencia se impone y se hará cada vez más aguda para una cantidad creciente de personas, a medida que los efectos del caos climático se hagan más dramáticos. Esto puede constituir un formidable incentivo para la insubordinación y un impulso para escapar del mundo de la Economía. Pero *solamente a condición* de lograr rechazar las visiones sesgadas de las causas del calentamiento climático y de las soluciones que permitan detenerlo. Es crucial, entonces, trabajar para demostrar que no es posible frenar la catástrofe en curso sin romper con el productivismo compulsivo que es la causa del calentamiento climático. Es decir, sin romper con el capitalismo mismo.

2. Creer en un capitalismo alternativo es ilusorio; la única opción viable es una alternativa al capitalismo. Las características fundamentales del neoliberalismo –ya sea la competencia mundializada, la subordinación de los Estados a las fuerzas económicas transnacionales, la financiarización de la economía, la extensión sin límite del frente de mercantilización– son efectos de las dinámicas profundas del capitalismo, más que el resultado de una decisión ideológica. Sería en vano esperar el retorno de una forma de capitalismo más “controlado”, como aquel que el keynesianismo permitió instaurar en las condiciones muy específicas de la pos-guerra (entre 1945 y 1973).

3. El capitalismo continúa activando sus mecanismos habituales de seducción: gozo consumista, dilatación narcisista del yo, ideal de omnipotencia, promesa de ilimitación, etcétera. Pero la cara luminosa de la

mercancía tiene un revés ilusorio, fraudulento y destructor, que es cada vez más difícil de ocultar. El capitalismo se ha vuelto más que nunca biocida, patógeno y humanicida. Ninguna sociedad anterior había *producido* tantos factores de enfermedades graves, como cánceres ligados al uso de pesticidas y demás sustancias tóxicas; desarreglos causados por perturbadores endocrinos; síndrome metabólico (sobrepeso, diabetes y hipertensión) relacionado con la alimentación industrializada, que afecta a una tercera parte de la humanidad; estrés (que pronto será la segunda causa de enfermedad en el mundo); tendencias depresivas; resistencias bacterianas ligadas al sobre consumo de antibióticos, etcétera. Si se agrega a esto los efectos de la contaminación (tan sólo las partículas finas provocan nueve millones de muertes por año), no parece exagerado calificar al capitalismo de sistema humanicida. Y si, a lo largo del siglo XX, ha traído la guerra a su etapa industrial y total, son centenares de millones de seres humanos los que, en los decenios por venir, serán confrontados a situaciones más terribles todavía que hoy (migraciones masivas, falta de agua, guerra por los recursos, y otras), al mismo tiempo que los efectos del caos climático transformarán en más incierta la vida humana sobre la Tierra.

4. Entramos en el momento de la tercera crítica al capitalismo. La primera estaba centrada en la explotación del trabajo, la segunda en la enajenación de una vida empobrecida y mutilada. De ahora en más, lo que surge en primer plano es la destrucción del medioambiente y de las condiciones de vida sobre la Tierra. No por esto deben desestimarse las dos primeras críticas. Están más justificadas que nunca. Sin embargo, quedan insuficientes y deben articularse con la crítica del carácter devastador del productivismo compulsivo del capitalismo. Entonces, la crítica se encuentra enteramente reconfigurada, porque la destrucción de la cual hablamos afecta tendencialmente a todos los habitantes del planeta y porque nos coloca frente a una elección de vida o de muerte.

5. Todos los factores de crisis (climático, ecológico, social, migratorio, político, subjetivo y, también, económico) irán acentuándose. Su conjunción concurre a la dinámica de crisis estructural que se integra de manera permanente a las formas mismas de la acumulación capitalista. No se puede afirmar que ésta dinámica conduzca mecánicamente a un colapso del capitalismo. Sin embargo, produce una acumulación creciente de dificultades que no pueden ser sobrellevadas más que al precio de dificultades más grandes todavía, lo que implica una profundización de la crisis. Si hoy en día la situación es ya dramática, se puede anticipar que va a continuar empeorando: es la Tormenta que viene.

6. El antagonismo constitutivo del mundo de la Economía está destinado a intensificarse. De un lado, prosigue en todas partes la ofensiva del fanatismo de la mercancía, agudizado por nuevos horizontes tecno-científicos (robotización, inteligencia artificial, transhumanismo, etcétera) y protegido por un arsenal de seguridad, de vigilancia y de represión cada vez más invasivo. Por otro lado, las reacciones provocadas por la profundización de la crisis estructural se hacen cada vez más fuertes y, frente a lo intolerable de la destrucción y la desposesión generalizada, los levantamientos éticos para salvar la posibilidad de una vida digna bien pueden multiplicarse. Si el mundo de la Economía nos conduce a la destrucción, no hay otra solución que entrar en guerra contra la Economía.

7. La vieja receta que busca conquistar el poder del Estado para transformar el mundo ha mostrado su fracaso, tanto en su versión revolucionaria como en la reformista. La actual subordinación estructural de los Estados frente a las fuerzas dominantes de la economía transnacionalizada refuerza esta constatación, y con más razón si concluimos en la imposibilidad de deshacer una configuración que es el resultado de la dinámica misma del capitalismo. Es hora que dejemos de tener la más mínima esperanza en la política de arriba, es decir, la del

Estado, de los partidos y de los calendarios electorales.

8. Es posible crear desde ahora espacios liberados, autónomos, en donde se construye una realidad propia, multiforme, que deshaga tanto como sea posible las imposiciones del mundo de la Economía. Al multiplicarse y respaldándose mutuamente, los espacios liberados pueden ser la base a partir de la cual es posible intensificar la ofensiva en contra de la sociedad de la mercancía. Al mismo tiempo, permiten reforzar nuestras capacidades materiales, técnicas y psíquicas para sustituirle otras maneras de hacer y de vivir.

9. Lejos de la política centrada en el Estado que, por la vía de la representación, disocia la élite de los "expertos" y las masas "ignorantes", existe otra política que se construye desde abajo, sobre la base de la capacidad colectiva de hacer y de decidir. Al crecer, inventa prácticas de autogobierno que permiten fortalecer las maneras de vivir que la gente asume como propias. Entonces, las asambleas populares (u otras modalidades de organización colectiva) pueden multiplicarse y articularse en comunas. Y éstas a su vez pueden coordinarse en federaciones de comunas y en todas las escalas que les parezcan pertinentes.

10. La parálisis del mundo de la Economía puede ser lograda mediante la generalización de las prácticas de bloqueo, entendido en todas sus dimensiones (interrupción de los flujos, huelga en la producción y en la reproducción, boicot de la gran distribución y de buena parte de las mercancías, luchas territoriales contra los grandes proyectos, etcétera). Entrelazar tan diversos modos de acción puede favorecer el levantamiento de todas aquellas y aquellos que son afectados por la desposesión generalizada y por las tendencias destructivas de la civilización de la mercancía. El bloqueo resulta también pertinente en tanto que es una

manera muy directa de interrumpir la espiral productivista que conduce al desastre climático y a la destrucción de la Tierra. Tenemos que encontrar la manera de impedir que se consuma y se produzca lo que nos mata y nos quema a fuego lento.

11. Construir *al lado* no será suficiente, aún imaginando una proliferación de los espacios liberados. Actuar *contra*, defensiva y ofensivamente, no es menos necesario, tanto desde los espacios liberados como en la misma trama del mundo de la Economía. Se trata entonces de construir una estrategia que articule la multiplicación de los espacios liberados con momentos de intensificación de la insubordinación y de generalización de los bloqueos en todas sus formas. Recordemos que todo esto se da en un contexto de crisis estructural: su agudización debería de hacer más necesarios los levantamientos para preservar la posibilidad de una vida digna y más deseables los espacios liberados.

12. Si el capitalismo se ha transformado en el mundo de la Economía, su superación implica des-economizar el mundo. Esta es la única opción para liberar el planeta y a sus habitantes de la compulsión productivista mortífera cuyo resorte fundamental es la exigencia de valorización del valor. De hecho, salir del mundo de la Economía, significa poner fin a la lógica del valor que sacrifica todo a las necesidades de la producción-por-la-ganancia y organiza el mundo en función de ésta. Es subordinar la producción al despliegue de las formas de vidas autodeterminadas y hacer que las elecciones relativas a la manera de vivir sean el corazón sensible de la organización colectiva. Es admitir que ésta no tiene otra razón de ser que la de permitir una *buena vida* para todas y todos, en el respeto de las interdependencias que caracterizan la comunidad de todos los habitantes de la Tierra.

13. Es falso decir que no sabemos por qué cosa reemplazar el mundo de la Economía. Que no pretendamos saberlo *totalmente* es algo de que debemos alegrarnos. Se sabe a qué locuras han conducido las certezas de antaño; y para protegernos de eso, más vale admitir que no hay camino trazado de antemano y que mejor aprendamos a *caminar preguntando*, como dicen los zapatistas. Sin embargo, al sentar las bases de un anticapitalismo no estatal, no productivista, no patriarcal, no modernista y no eurocéntrico, nos alejamos lo suficiente de las lúgubres experiencias del “socialismo real” que han dominado el siglo XX como para afirmar que es posible inventar otros caminos que, además, tengan alguna probabilidad de resultar verdaderamente emancipadores.

Bibliografía sintética

Algunas de las proposiciones avanzadas aquí se desarrollan de una manera más argumentada en *Adiós al capitalismo: autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, Futuro Anterior, Buenos Aires, 2014. Respecto de la experiencia zapatista, remito a *Autonomía, resistencia y rebelión. La experiencia zapatista*, Editorial Eón, Ciudad de México, 2019.

Capítulo 1

Esta carta fue publicada en Lundimatin (nº 168), en La voie du jaguar (8 de diciembre de 2018) y en <http://comunizar.com.ar/carta-quienes-no-nada-desde-la-rebelde-chiapas/>. Entre los muchos análisis relacionados con los Chalecos Amarillos, podemos citar Michalis Lianos, *Une politique expérientielle I*, Lundimatin, #170, 19 de diciembre de 2018, en <https://lundi.am/Une-politique-expérientielle-Les-gilets-jaunes-en-tant-que-peuple>, y *Une politique expérientielle II*, Lundimatin, #178, 19 de febrero de 2019, en <https://lundi.am/UNE-POLITIQUE-EXPERIENTIELLE-II-Les-gilets-jaunes-en-tant-que-peuple-pensant>, Samuel Hayat, *Francia: Los Chalecos Amarillos, la economía moral y el poder*, en Sin Permiso, 13 de enero de 2019, <http://www.sinpermiso.info/textos/francia-los-chalecos-amarillos-la-economia-moral-y-el-poder>, Jaques Ranciere, *La virtud de lo inexplicable. A propósito de los Chalecos Amarillos*, en <http://comunizar.com.ar/las-virtudes-lo-inexplicable-jacques-ranciere-los-chalecos-amarillos/>; *Une tenue jaune qui fait communauté*, Temps critiques, suplemento #3, número 19, diciembre de 2018, en <http://tempscritiques.free.fr/spip.php?article392>; Alain Brossat, *Classstruggle is a splendored-thing*, Lundimatin, #178, febrero de 2019; así como, incluso si no compartimos sus análisis, Stathis Kouvelakis, *Gilets Jaunes, l'urgence de l'acte*, en <https://www.contretemps.eu/gilets-jaunes-urgence-acte-kouvelakis/>. Este libro estaba terminado, cuando se publicaron las siguientes recopilaciones: *Gilets jaunes. Un assaut contre la société*, Lundimatinpapier, nº 4, marzo de 2019 ; Patrick Farbiaz, *Les gilets jaunes : documents et textes*, París, Éditions du Croquant, 2019 y *Gilets jaunes : hypothèses sur un mouvement*, AOC Cahier, nº 1, 2019.

Capítulo 2

Sobre el neoliberalismo, ver en particular Pierre Dardot y Christian Laval, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa, Barcelona, 2013. Sobre el Estado deudor y la consiguiente crisis política, ver Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires-Madrid, Capital Intelectual - Katz editores, 2016. Sobre la financiarización y el capitalismo invertido, ver Ernst Lohoff y Norbert Trenkle, *La grande dévalorisation. Pourquoi la spéculation et la dette de l'Etat ne sont pas les causes de la crise*, Post-Editions, París, 2014 (y también Cédric Durand, *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, NED ediciones, Barcelona, 2018). Para el debate sobre la evolución de la tasa de ganancia, ver los trabajos de Michel

Husson (especialmente *Capitalismo puro*, Maia Ediciones, Madrid, 2009 y *Arithmétique du taux de profit*, en Note Hussonet, 66, diciembre de 2013, <http://hussonet.free.fr/tprof414.pdf>) y de François Chesnais (especialmente *Finance capital today*, Leiden-Boston, Brill, 2016 y *¿El capitalismo se ha encontrado con límites infranqueables?*, Herramienta web n° 20, 2017 <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=2640>). Ver también, de este último, *Les dettes illegitimes. Quand les banques font main basse sur les politiques publiques*, Raisons d'Agir, Paris, 2011.

Capítulo 3

Sobre los efectos del calentamiento climático: Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, *Cambio climático 2014: Informe de síntesis*, Ginebra, 2015 https://archive.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar5/syr/AR5_SYR_FINAL_SPM_es.pdf; *Turn down the heat : why a 4°C warmer world must be avoided*, Banco Mundial, noviembre de 2012, <http://documentos.bancomundial.org/curated/es/865571468149107611/.Turn-down-the-heat-why-a-4-C-warmer-world-must-be-avoided>. Ver también Clive Hamilton, *Requiem para una especie. Cambio Climático: por que nos resistimos a la verdad*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011 y Naomi Klein, *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Paidós, Madrid, 2015, <http://geopolitica.iiec.unam.mx/sites/default/files/2017-03/Esto%20lo%20cambia%20todo%20-%20Naomi%20Klein.pdf>.

Sobre el antropoceno y su crítica, ver Christophe Bonneuil et Jean-Baptiste Fressoz, *L'Événement anthropocène: la Terre, l'histoire et nous*, Seuil, París, 2013; Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life. Ecology and Accumulation of Capital*, Verso Books, London – New York, 2015 y Armel Campagne, *Le capitalocène: aux racines historiques du dérèglement climatique*, Paris, Editions Divergences, 2017. Sobre el vínculo entre tasa de crecimiento y emisiones de CO2, ver los cálculos propuestos por Minqi Li, *The 21st Century Crisis: Climate Catastrophe or Socialism*, Review of Radical Political Economics, 43, 2011, <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/0486613410395896>.

Capítulo 4

Sobre la noción de crisis estructural, nos remitimos a los análisis zapatistas en EZLN, *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*, México, 2015. La tesis sobre la crisis terminal viene expuesta por Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Siglo XXI, Ciudad de México, 2005 (también en su contribución al volumen colectivo, *¿Tiene futuro el capitalismo?*, Siglo XXI, Ciudad de México, 2015, capítulo 1). Sobre la colapsología, ver en particular Pablo Servigne y Raphaël Stevens, *Comment tout peut s'effondrer. Petit manuel de collapsologie à l'usage des générations présentes*, Seuil, París, 2015 y Carlos Taibo, *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofacismo*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2017. Otras lecturas de la crisis son propuestas por el Comité Invisible, *A nuestros amigos*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2014, <http://comunizar.com.ar/wp-content/uploads/Comit%C3%A9-Invisible-A-nuestros-amigos.pdf>, o Naomi Klein, *La estrategia del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós Ediciones, Madrid, 2010. Sobre los límites de la expansión del valor y su elusión mediante

el auge del crédito, ver Anselm Jappe, *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2011 (así como *Las aventuras de la mercancía*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2015).

Capítulo 5

El llamado al bloqueo, basado en el análisis de la centralidad de los flujos, puede leerse en el libro ya citado del Comité Invisible, *A nuestros amigos*. El viejo debate sobre la relevancia o no de un análisis en términos de clases y de lucha de clases vuelve a encontrarse en las intervenciones recientes, ya citadas, en *Temps critiques* y por Alain Brossat. Sobre la crítica al trabajo, ver especialmente Grupo Krisis, *Manifiesto contra el trabajo*, Editorial Virus, Barcelona, 2018, <http://www.krisis.org/1999/manifiesto-contra-el-trabajo/> y Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social, Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Marcial Pons, Madrid, 2006, <http://comunizar.com.ar/libro-tiempo-trabajo-dominacion-social-una-reinterpretacion-la-teoria-critica-marx/>.

Capítulo 6

El análisis propuesto aquí de la política de abajo y los principios de la autonomía se desarrollan en mi artículo *La autonomía o el arte de organizarse sin el Estado. A propósito de la experiencia zapatista*, en <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=2757>. La “ademia” constitutiva del Estado es evidenciada por Giorgio Agamben, *Stasis. La guerra civil como paradigma político*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2017 (para la incompatibilidad entre democracia y Estado, ver también Miguel Abensour, *La democracia contra el Estado*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1998). La distinción entre *poder sobre* y *poder hacer* fue desarrollada por John Holloway, *Cambiar al mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Herramienta ediciones, Buenos Aires, 2002, [http://comunizar.com.ar/biblioteca2/Libro John Holloway Cambiar el mundo sin tomar el poder.pdf](http://comunizar.com.ar/biblioteca2/Libro%20John%20Holloway%20Cambiar%20el%20mundo%20sin%20tomar%20el%20poder.pdf).

Capítulo 7

En lo que respecta al análisis de los espacios liberados, así como a las estimaciones relativas a la eliminación de las actividades inducidas por el productivismo capitalista, encontrarán más precisiones en *Adios al capitalismo...* La noción de espacio liberado presenta grandes afinidades con las grietas teorizadas por John Holloway en *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires, 2011. Insistí en la dimensión agonística de los espacios liberados en *Quels espaces libérés pour sortir du capitalisme? À propos d'Utopies réelles d'Erik Olin Wright*, en *EcoRev'*, 2018/1 (n° 46), págs. 87 a 102, <https://www.cairn.info/revue-ecorev-2018-1-page-87.htm#>. En relación con experiencias como la de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes, ver por ejemplo Collectif Mauvaise Troupe, *Contrées – Histoires croisées de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes et de la lutte No TAV dans le Val Susa*, L'Eclat, París, 2016 y para una reflexión sobre el auge de las luchas territoriales, Serge Quadruppani, *Le monde des Grands Projets et ses ennemis*, La Découverte, París, 2018.

Capítulo 8

La insistencia en una necesaria revolución antropológica, así como la oposición entre subjetividades cooperativas y subjetividades competitivas, se desarrollan en *Adios al capitalismo...* Con respecto a la concepción relacional de la persona y la posibilidad de su reapropiación actualizada, me refiero a mi libro *Corps et âmes: une histoire de la personne au Moyen Âge*, Flammarion, París, 2016 y también a *Conception relationelle de la personne, communauté et autonomie politique*, en Josep Rafanell i Orra (coord.), *Itinérances, Divergences*, París, 2018, págs. 24 a 41. La noción de “comunidad inesencial” viene propuesta por Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*, Editorial Pre-textos, Valencia, 1996. Sobre la gran separación entre el hombre y la naturaleza, ver Philippe Descola, *Más allá de la naturaleza y la cultura*, Amorroutu editores, Buenos Aires, 2012; y por el intento de superarla, ver en particular Eduardo Viveiros de Castro, *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología posestructural*, Katz Editores, Madrid, 2010 y Arturo Escobar, *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín, 2014, http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf. Sobre el arte de escuchar, Carlos Lenkersdorf, *Aprender a escuchar*, Plaza y Valdés, México, 2008, https://kehuelga.net/diario/IMG/pdf/aprender-a-escuchar_experiencias_maya_-_tojolabales_-_lenkersdorf.pdf, y para el uso zapatista de la noción de proporcionalidad, Subcomandante Marcos, *Festival mundial de la digna rabia, Séptimo Viento*, en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2009/01/06/septimo-viento-unos-muertos-dignos-y-rabiosos/>. En el intento por romper los cimientos de la modernidad, también me refiero a mi libro *Défaire la tyrannie du présents. Temporalités émergentes et futurs inédits*, La Découverte, París, 2018.

Reflexiones finales

La distinción entre las dos primeras críticas del capitalismo, se encuentra en Luc Boltanski y Eve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Editorial Akal, Madrid, 2002 (ver también, del primero, *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*, Gallimard, París, 2009).